DOÑA MARIA PACHECO,

MUGER DE PADILLA.

TRAGEDIA ESPAÑOLA EN TRES ACTOS.

SU AUTOR

DON IGNACIO GARCIA MALO.



MADRID : MDCCLXXXVIII.
POR LA VIUDA DE MIGUEL ESCRIBANO.

PROLOGO.

LA opinion mas comun entre los Maestros del Arte Dramatica, es que el asunto para la Tragedia debe tomarse de un hecho histórico. Los ingenios mas superiores que se han dedicado à este genero de composicion han escogido los mas famosos de la Historia antigua y moderna; y apenas se encuentra uno capáz de poder llenar el objeto de la Tragedia que no esté ya tratado por eminentes plumas. Buscaba yo para hacer una Tragedia original un hecho de nuestra Historia, que me subministrase los recursos necesarios para sacarla sin las monstruosidades è irregularidades que traen consigo algunos hechos (aunque memorables) por la multiplicidad de incidentes; y despues de

fatigarme inutilmente escogí el que dá motivo à la presente Tragedia. Bien conocí y conozco no ser de los mas acomodados, ni de los que dan mucho lugar los Maestros del Arte, por ser la pasion que tiene el mayor y principal movimiento el ódio, y eborrecimiento contra la Protagonista; pero me hice cargo de que esta misma pasion de ódio y aborrecimiento es preciso que tengan movimiento en aquellas acciones que se toman de la Historia, en lo que se nos presentan infames, odiosas y punibles; y por lo mismo me resolví à executarla.

Es dificil ceñir al rigor del Arte una accion tomada de la Historia, y vulgarizada en un Reyno, en que se hizo tan famosa como sensible; pero sin embargo he procurado seguirla con la mayor simplicidad, adornandola con sencillos episodios que de al-

algun modo causasen en los Espectadores terror y compasion; y que al mismo tiempo excitasen el escarmiento, que merecen las acciones de esta clase, impropias de leales vasallos, ofensivas à Dios, injuriosas à los Soberanos, y perniciosas à las Repúblicas, en las que (siendo bien ordenadas) se executan en público los castigos para escarmiento de los malos. Este ha sido el principal estímulo que me ha movido à formar esta Tragedia, persuadido de que, aun quando no estuviese enteramente arreglada à los preceptos del Arte, no dexaria de inspirar buenas idéas, que es el unico fruto que deberia sacarse del Teatro, donde, aunque se procurase la diversion, convendria mas bien representar acciones que enseñasen à los hombres à vivir honestamente, y que inspirasen horror, y aborrecimiento à la traycion, à la

venganza, al rencor, y à las demás iniquas y vergonzosas pasiones, que los arrastran à cometer atentados, y maldades. Este deberia ser el objeto del Teatro, del qual sacaria la religion, la sociedad y la humanidad mucho mas provecho, que de infinitas piezas que se han introducido en él, mas para fomentar, que corregir el vicio, mas para el deleyte que para la instruccion. Si este modo de pensar no agradase à los petimetres libertinos, que solo ván al Teatro à corromperse mas de lo que están, si es posible, no dudo agradará à los hombres sensatos, que ván à él unicamente por dar algun desahogo à las molestias y ocupaciones serias que los agovian, los quales se complacen de ver representar acciones de qualquiera modo instructivas, aunque sean de aquellas, en que por su constitucion no puede el Poeta reunir todo el rigor del

del Arte. Asi que por estas razones, por ser una composicion original, y sacada de nuestra misma Historia, espero no será despreciado mi trabajo de los hombres de buen juicio, sin embargo de los defectos en que quizá habré incurrido tanto por la eleccion, como por la execucion.

ARGUMENTO.

QUejosos los Castellanos del gobierno que en toda la Castilla llevaban los Flamencos, pues el Emperador Carlos V. era joven, estaba en Alemania, y alli era necesaria su presencia para sostener los derechos de la Corona contra Francisco Primero, Rey de Francia, Hernando de Avalos Giron, gran Soldado, y D. Juan de Padilla quisieron llamar la Patria à su libertad. Formaron en Avila la Junta de los Pueblos con el nombre de Liga Santa: fermentaron la sedicion en toda la Castilla; y prestaron juramento de defender la Patria hasta los ultimos esfuerzos del valor. Dudaron en la eleccion de General: desecharon à Giron, y eligieron à Padilla. Este entró à sangre, y fuego por

por toda la Castilla contra los Realistas, y ganó à Torrelabon, con otras victorias. El Conde de Haro, General de las Tropas Imperiales, atacó à Padilla: como sus gentes eran sacadas de los Pueblos, y no poseían la disciplina Militar, le abandonaron à las comarcas de Villamar. Haro los persiguió con su caballería; y estando las Campiñas muy llovidas, cayó Padilla en poder de los Realistas con el Gobernador de las Tropas de Segovia, y Francisco Maldonado que mandaba las de Salamanca; y al dia siguiente los condenaron à los tres à muerte, permitiendo que Padilla escribiese una carta à Doña Maria Pacheco su muger. Esta defendia à Toledo, como sequaz de la Liga Santa, por las sugestiones, y agüeros de una esclava suya, que se dice fue el origen de los males de Castilla. Hizo Doña Maria varias salidas, re-

cha-

chazó al enemigo, y resistió hasta el extremo, que quedando sin fuerzas la Ciudad, la tomó Haro, y prendió à la Pacheco, cuyo espíritu fue en todos eventos varonil, y esforzado. Su hermano el Marqués de Mondejar la sacó de la carcel, y huyó à Portugal con un niño que tenia de corta edad.

Sobre estos fundamentos históricos, y otros que no se refieren por evitar prolixîdad, ha formado el Autor la presente Tragedia, fingiendo verosimilmente lo que le ha parecido necesario para observar en lo posible las unidades de accion, lugar, y tiempo; y haciendo morir à Doña Maria arrepentida de sus delitos para el mayor escarmiento, y excitar el terror y compasion, propios de esta composicion Dramatica; pues de seguir literalmente la Historia no podria conseguirse.

NO-

NOTA.

SIN embargo de que la Historia dice que los agüeros falsos de la esclava, y la deferencia en creerlos de Doña Maria, fueron el origen mas principal de la Liga, y del varonil tesón con que ésta defendió à Toledo despues de la muerte de su esposo, pareciendo al Autor que podria causar esto alguna supersticion en el populacho, ha dado à la esclava el nombre de Matilde, caracterizandola de confidente de Doña Maria, y haciendo que ésta siga, por la mucha estimacion y concepto en

que

que la tenia, ciegamente todos sus consejos. Tambien ha quitado à la *Liga* el epiteto de *Santa* por juzgarlo impropio, no habiendose formado por causa de Religion. En fin para conseguir mejor imprimir en los corazones de los Espectadores el aborrecimiento à las rebeliones que debe tener todo leal vasallo, tanto porque falta à Dios, faltando à la sumision y obediencia que debe prestar à su legítimo Soberano, como por las malas y deplorables consecuencias que traen consigo, hace hablar à Doña Maria en la ultima Escena mas de lo que parece podria permitirle su actual situacion, juzgando además que no hay en ello inverosimili-

tud,

tud, pues una herida, aunque sea muy grave, puede no quitar el habla cinco, seis minutos ò mas, como se vé frecuentemente.

PER-

PERSONAS.

Doña MARIA PACHECO, *Muger de Don Juan de Padilla.*
PEDRO LOPEZ, *Padre de Padilla.*
El MARQUES DE MONDEJAR, *Hermano de Doña Maria.*
El CONDE DE HARO, *General de las Tropas Imperiales.*
DON IÑIGO, *Gobernador de Toledo.*
MATILDE, *Esclava y confidente de Doña Maria.*
SOSA, *Criado de Padilla.*
SOLDADOS, *y acompañamiento.*

La Escena se representa en un Salon principal del Real y antiguo Alcazar de Toledo.

DOÑA MARIA PACHECO MUGER DE PADILLA.

TRAGEDIA ESPAÑOLA.

ACTO PRIMERO.

En el real alcazar de Toledo, salon magnificamente adornado.

ESCENA PRIMERA.

Salen Pedro Lopez *turbado, y* Sosa *de camino.*

LOPEZ.

¿Qué acaso inesperado te conduce
A la Imperial Toledo? Dilo luego:
Tu dilacion aumenta mis temores:
Tu turbacion excita mis recelos:
Pendiente el corazon de tus palabras
Palpita con afan dentro del pecho.
Habla: : di: : ¿ qué sucede? ¿ à qué has venido?
Presagio de algun mal es tu silencio.

SOSA.

Señor.. Sabed.. ¡ay pena! que mi amo...
Quedaba quando yo... seguir no puedo.

LOPEZ.

El alma me estremecen tus confusas
Voces interrumpidas. ¿Qué funesto,
Y horrendo vaticinio me predices?
¿Dí en fin, qué ha sucedido! Yo estoi muerto.

SOSA.

Como Don Juan Padilla vuestro hijo
Tomó á Torrelabon, hizo el saqueo,
Y ganó mucha parte de Castilla,
Le dió nueva osadía el vencimiento;
Pero el Conde de Haro con su Tropa,
Instruida en el belico manejo,
Atacó á los Soldados de la Liga,
Del arte militar muy poco expertos;
Y como todos eran habitantes
De Avila, de Segovia, y otros pueblos,
Cerca de Villamar le abandonaron,
Haro, y sus Capitanes los siguieron,
Y estando las Campiñas muy llovidas,
Con su Caballería destruyeron
Las esquadras sequaces de la Liga.
Entonces vuestro hijo quedó preso
Con otros dos caudillos de su tropa;
Y á otro dia los tres... ¡ò santo Cielo!
La congoja que el alma me comprime,

In-

Interrumpe mi voz, corta el aliento.
Yo no puedo explicaros lo restante,
Mas lo podreis saber por este pliego
Que escribió de su puño vuestro hijo,
Y me encargó entregase con secreto
A su muger, con otro que he dexado
Ahora al Gobernador.

LOPEZ.

Damelo luego.

SOSA.

Tomad; pero advertid...

LOPEZ.

¡Qué triste anuncio
Me predice esta Carta!
Yo.. ya tiemblo
Aun antes de leerla.
¡Ah quál palpita
Mi pobre corazon, divinos Cielos!

Lee la Carta.

Trocóse la suerte: frustraronse todos nuestros designios. Estoy en poder de nuestros enemigos. El Verdugo tiene el brazo levantado para descargar el ultimo golpe sobre mi cuello. Mostrad vuestro heroico valor en conservar vuestra vida para ser el amparo de mi hijo inocente: ¡pobre hijo mio! vuestro infelíz esposo Juan.

¡Ay hijo de mi vida! ¡ay hijo amado! (*llora.*)
¿Por qué naciste en hado tan adverso?
¿Tú muerto, y yo con vida? ¿Y es posible
Que à dolor tan vehemente no fallezco?
Hijo del alma mia, tú espiraste
En un cadahalso infame, y como reo,
¡Y yo te sobrevivo! ¡Y no he podido
Abrazarte, y morir contigo à un tiempo!

SOSA.

Refrenad el dolor. En las desgracias
Se conoce el valor, y el sufrimiento.

LOPEZ.

Dexame llorar, Sosa, porque el alma
Algun descanso tenga en tanto duelo.
Dexame que me quexe de mi suerte,
Quando no puedo hallar otro remedio.
Hijo infelíz, è incauto, seducido
Por un traidor iniquo Caballero.
¡Oh Fernando de Avalos! tú hiciste
Que siguiese tus huellas, y consejos,
Despreciando de un Padre los avisos,
Con que quiso apartarlo de tus yerros.
Mira el fruto feral, mira la afrenta
Que lleva una traycion por compañeros.
¡Oh joven desgraciado! ¡hijo querido!
¿Qué consuelo hallará tu Padre viejo?
Tu sombra ensangrentada en todas partes

Ve-

Verán mis ojos de pesares llenos:
Tu cadahalso, mi afrenta; y tus delitos
¿cómo podré apartar del pensamiento?
¡Ay hijo qué memoria tan amarga,
Qué recuerdo tan triste, y tan horrendo
Será siempre el pensar que pereciste
Caudillo de un iniquo aleve Pueblo!

SOSA.

Vuestra hija Señor ácia aqui viene:
Procurad ocultar vuestro tormento.

LOPEZ.

Ah! que al verla se aumentan mis pesares,
Pues es de tantos males el fomento.

Oculta la Carta en el bolsillo.

ESCENA II.

Sale Doña MARIA *ricamente vestida.*

DOÑA MARIA.

Padre, y Señor...¡mas qué es esto que miro!
¡Tú Sosa aqui en Toledo! ¿qué hay de nuevo?
Vos Padre tan turbado, ¿por qué causa?
¿Dónde mi esposo está? ¿Los comuneros
Valladolid, y Burgos han perdido?
¿O qué novedad hay? dimela luego.

SOSA.

Yo... Señora... he venido... (*Turbado.*)

DOÑA MARIA.

No te turbes.
¿Qué triste arcano encierra tu silencio?

LOPEZ.

Hija, nada ha pasado, no te aflijas.

DOÑA MARIA.

¡Ah! vuestra turbacion algun suceso
Muy fatal me predice: esos suspiros
Detenidos por fuerza en vuestro pecho:
Las lagrimas que brotan vuestros ojos,
Son indicios, Señor, muy manifiestos.

LOPEZ.

Sosiegate hija mia; no te finjas
Imagenes que alteren tu sosiego.
Mas, ¡ay de mí! qué el llanto me descubre.

Saca el pañuelo para enjugarse las lagrimas, y se le cae la carta. La vé Doña Maria, vá à alzarla, y conociendo que es letra de su esposo dice:

DOÑA MARIA.

Ay Señor esta carta, mas ¡qué veo!
Es letra de mi esposo...

LOPEZ.

¿Esta? No la leas,
Porque te ha de causar gran sentimiento.

DOÑA MARIA.

Viene à mí el sobreescrito, y he de leerla.

LOPEZ.

Que no la veas hija yo te ruego.
Te diré qué escribe : es en substancia
Que junto à Villamar se queda preso.

DOÑA MARIA.

Yo he de verla, Señor, sea lo que sea.

LOPEZ.

Ah! que sus expresiones...

DOÑA MARIA.

Valor tengo
Para sufrir mayores desventuras.

LOPEZ.

¡Qué lance tan cruel es este Cielos!

Lee Doña Maria poco à poco, y en voces interrumpidas, y turbadas dice:

DOÑA MARIA.

Suerte... nuestros designios... el Verdugo...
El brazo... golpe...¡ay!... sobre mi cuello...

DOÑA MARIA. (*exclama.*)

¡Ay esposo del alma!... ¡qué congoja!...
¿Quién me socorre?... ¡ay triste! que yo muero.

Cae desmayada en una silla.

LOPEZ.

¡Ay de mí! me faltaba este conflicto,
Para aumentar mi pena, y desconsuelo,
Hija... amigo... ¡ah dolor! ¡qué horror!
¡qué susto!
¡Desventurado Padre! ¡Qué tormento!

Volviendo del desmayo dice:

DOÑA MARIA.

Esposo de mi alma...

LOPEZ.

Hija querida...
Mitiga tu dolor.

DOÑA MARIA.

¡Qué es esto Cielos!
¿Asi ayudais à un Padre de la Patria?
¿Asi premiais virtud, valor, y zelo?
¡Ay infelíz de mí! yo estoi sin vida.
Padre, y Señor mirad el fin funesto
De un hijo miserable. ¿Esta es la suerte
De un caudillo del Pueblo, de un guerrero?

LOPEZ.

Ay hija, no acrecientes las congojas,
Que el corazon me oprimen con exceso.

DOÑA MARIA.

Dexadme que mis llantos, y sollozos
Publiquen mi dolor, y desconsuelo.
¡Esposo de mi vida! ¡quán contrario
El hado se ha mostrado en tus intentos!
¡Ay hijo de mi vida! Ya has perdido
A aquel que te dió el sér. Con llanto eterno
Acompaña à tu madre mientras viva.
¿Quién me podrá servir ya de consuelo?
Lloren conmigo todos su desgracia:
Llora à tu Ciudadano gran Toledo;

Pues

Pues sin su apoyo te verás rendida,
Llena de confusion, de sangre, y fuego.

LOPEZ.

Mitiga tus lamentos, y suspiros.
En las adversidades à lo menos
No muestra cobardía un alma grande,
Aunque llegue el dolor à un duro extremo.

DOÑA MARIA.

Si con el bien perdido se perdiese
La memoria tambien, este violento,
E inhumano dolor se calmaria,
Mas siempre esta memoria, este suceso
Esculpido estará dentro del alma,
Y será de mi vida compañero.
¡Oh dia desgraciado! ¡oh triste esposo!
¡Posible es que sin tí vivir yo puedo!

ESCENA III.

Sale Don IÑIGO, *Gobernador de Toledo, turbado, y al salir dice:*

DON IÑIGO.

Apènas yo respiro de confuso;
Ya saben la desgracia segun veo.

LOPEZ.

Señor Gobernador, murió mi hijo...

DON IÑIGO.

Ya he sabido ese lance lastimero.
Una carta recibo de su puño
Que escribió ya en los ultimos alientos;
Y es mi dolor tan grande que no hallo
Expresion con que pueda encarecerlo,
Pues fue mi amigo fiél, y nuestras almas
Enlazó la amistad con nudo estrecho.

DOÑA MARIA.

Ah Señor ¡qué desgracia irreparable!
Ya se han frustrado todos los intentos:
Ya sufrirá Castilla el duro yugo
De un afrentoso, indigno cautiverio.
Ya Toledo será víctima triste
Del enemigo egército sobervio.

DON IÑIGO.

Doña Maria sosegad; no es hora
De perder en gemidos los momentos.
En gran peligro estamos, pues sitiados
Nos vemos hace dias en Toledo.
Ya la linea abanzada nos ofende,
Y de todas nos hacen mucho fuego.

DOÑA MARIA.

Es cierto; reparar conviene el daño.

LOPEZ.

¿Cómo podreis hacerlo en tal extremo?
Aqui lo que conviene es el rendirse.

DOÑA MARIA.

¿Y la liga, y el firme juramento?

LOPEZ.

Ese fue un desacierto que ha guiado
A mi hijo al cadahalso mas horrendo.
La Liga se formó por la avaricia
De algûnos Castellanos Caballeros,
Indignos de tal nombre, y de tal Patria,
Que siempre dé lealtad fue fiel exemplo.

DON IÑIGO.

Señor no sé formó por la avaricia,
Fue solo por el bien de todo el Reyno.
Antes se exâminó el fatal estado
De toda la nacion. Los Comuneros
Por amor à la Patria se juntaron
En Avila, y no hallaron otro medio
Que el conseguir por armas, ò por fuerza
Lo que facil no ha sido con los ruegos.

LOPEZ.

Por mas que el Rey las súplicas nos niegue,
Contra el Rey oponernos no debemos.

DOÑA MARIA.

El Rey ausente ignora lo que pasa,
No sabe las miserias de su Reyno;
Los Nacionales viven agoviados;
Los Estrangeros tienen los empleos:
Ellos con dura mano nos afligen,
Y exhaustos de riquezas ya los pueblos,

Es-

Están aniquilados bajo el yugo
De un infame despótico manejo.
Esta es la situacion de nuestra España:
Este el borron de sus antiguos fueros,
Esta es la causa por qué todos gimen,
Sin poder soportar tan duro peso.
¿Y quereis que Castilla así esté opresa?

LOPEZ.

No hay duda que han quedado en nuestro
Reyno
Varios pueblos quejosos del desorden,
Con que lo han gobernado los Flamencos;
Mas fue la envidia nuestra mucha culpa,
Y no toda la tubo el estrangero;
Pues ellos no sabian las Tenencias,
Las Encomiendas, ni demás empleos
Que habian de pedir, ni los oficios
Que podian vender, ni por qué precio;
Sino que por los nuestros avisados
Todos estos abusos cometieron.

DON IÑIGO.

En fin todos los daños de ellos vienen,
Y no es justo sufrámos desaciertos.
Primero que Toledo llegue à darse
Se arruinarán sus muros hasta el suelo.
Todo el Pueblo Señora está furioso,
Y à morir ò vencer firme, y resuelto.
Despues que he publicado la desgracia

De

De vuestro esposo amado, todos ciegos
De cólera, y enójo à la venganza
Preparan su valor, y sus aceros.

DOÑA MARIA.

La vindicta del público reposo
Solo incita mi furia, y ardimiento;
Y asi, substituyendo à mi marido
Oy ofrezco librarte fiel Toledo
De tantos enemigos que te asedian;
Pues nada asusta mi valiente esfuerzo.

DON IÑIGO.

Por mi parte constante he de seguiros
Hasta que en su defensa dé el aliento.

DOÑA MARIA.

Pues id, tocad al arma, y con firmeza
Comunicad al pueblo estos intentos:
Prevenid los Soldados al combate,
Y siga con viveza el duro fuego.

DON IÑIGO.

Ya voy à obedeceros, y estad cierta
De que os será leal, y fiel el Pueblo. (*Vase.*)

LOPEZ.

Ah qué furor te ciega hija imprudente,
Que no vés los peligros ni los riesgos.

DOÑA MARIA.

Quando vierta mi sangre por la Patria
Satisfago à mi honor, que es lo que debo.

LOPEZ.

Por el Rey derramarla deberias
Imitando à tus inclitos abuelos;
Y no manchar su sangre tan ilustre,
Con una accion indigna de sus hechos. (*Vase.*)

ESCENA IV.

Sola Doña Maria.

DOÑA MARIA.

Aunque el mundo se oponga à mis designios,
Defenderé à Toledo hasta el extremo.
Pero ahora que sola me he quedado,
Sin que nadie interrumpa mis lamentos,
Es justo ¡Esposo mio! que yo llore
Tu muerte desgraciada, y fin funesto.
¡Ay de mí! aquel caracter tan heroyco,
Aquella gallardía de tu cuerpo,
Aquel ánimo grande, y esforzado,
Aquel juicio envidiable, y dulce genio,
Y aquella edad tan tierna que has perdido
¿Cómo podré olvidar? ¡Qué desconsuelo!
¡Qué pena insoportable con porfia
El corazon me arranca de su centro!
Todas estas memorias me confunden,
Y aumentan mis pesares, y desvelos

El

El pensar al destino de mi hijo
Huerfano, sin amparo, ni consuelo.
Todos acusarán de infiel al Padre,
Diciendo fue un traydor, è iniquo reo,
Que murió en un cadahalso infamemente,
Sin decir que la causa fue el gran zelo
De defender la Patria, y el Estado.
Este será un borron indigno, y negro
Que manchará su sangre tan ilustre,
Y hará que se le trate con desprecio.
¡Hijo infelíz! ¡Quál astro te persigue
Con rigor tan insano, y tan adverso!
Pero ¿asi à mi dolor, yo me abandono,
Y en vanas reflexîones gasto el tiempo?
¿Es posible que el ánimo me falte
Para ser el caudillo de este Pueblo?
¡Oh esposo el mas amable, el mas valiente!
Inspira tus ardores en mi pecho,
Para que con las armas en la mano
Si tú faltaste ocupe yo tu puesto. *(Hace que se vá.)*

ESCENA V.

Sale MATILDE *acelerada.*

MATILDE.
Señora... respirad...

DOÑA MARIA.

Matilde mia...

MATILDE.

Animo... lo sé todo, tened pecho.
Toledo os favorece, y puesta en armas
Defenderse procura con denuedo.
Salid, sed su caudillo, pues confusa
La plebe anda vagando sin sosiego.

DOÑA MARIA.

¿Y su Gobernador?

MATILDE.

Por las almenas
Reparte varios Gefes en sus puestos:
De vuestro esposo acuerda la memoria:
La plebe por vos clama, y quiere veros.

DOÑA MARIA.

Mas ¿qué he de hacer en tales circunstancias,
Sin moneda ni víveres Toledo?
¿Quién ha de resistir en tal combate?
¿Qué tropas sufrirán tan fuerte asedio?

MATILDE.

El remedio Señora está en la mano.
Yo te sugeriré bastantes medios:
Abundante tesoro sé te aguarda.

DOÑA MARIA.

¿Dónde el tesoro está? ¿dónde el repuesto?
Si no bastasen mis alhajas juntas,
Las ricas joyas, quanto yo poseo...

MATILDE.

Nada temais, seguid luego mis pasos.

DOÑA MARIA.

Declara, pues, Matilde tus intentos.

MATILDE.

Ya los sabrás: aliento cobra. Vanos
Hasta ahora nunca fueron mis consejos.

DOÑA MARIA.

Asi es verdad; resuelta estoy, conduce
Adonde tú gustares este pecho,
Pues como sea à libertar la Patria,
Yá todo lo demás importa menos. *(Vase.)*

ESCENA VI.

MATILDE, y despues LOPEZ.

Si el hado favorece mis designios,
He de hacer con valor y con empeño,
A fuerza de incesantes sugestiones,
Y de instancias, de súplicas y ruegos,
Que vengue esta muger tantas injurias
Como toda la España está sufriendo,
Y que la Liga se conserve y dure, *(Hace que*
Yá que la causa fui de su fomento. *se vá.)*

Sale LOPEZ.

¿A dónde está tu ama? ¿qué motivo
Le ha obligado à ausentarse de este puesto?

MATILDE.

Su zelo la conduce à una alta empresa:
Esto es lo que deciros ahora puedo.
Seguirla à mí me toca, y detenerme
Aqui un instante, mas es desacierto. (*Vase.*)

LOPEZ.

¿Dónde irá esta muger precipitada?
¿Dónde mi hija con paso tan ligero?
¡Oh dia desgraciado! ¡oh suerte dura!
¡Oh quántos males cercan à Toledo!

ESCENA VII.

LOPEZ y D. IÑIGO.

D. IÑIGO.

Todo sucede bien: tropa arrestada
Corona yá los muros con esfuerzo.
Yá está de San Cervantes el Castillo
Guarnecido de osados mosqueteros,
Por si envestir intentan los contarios,
Por parte que domína aquellos puestos.
El Tajo inunda la espaciosa vega
Con represas que cortan ingenieros.
La puerta de Visagra es el recurso
Que solo queda à los contrarios nuestros.
Tropa lucida la guarnece y guarda,
Y el Alcazar domína todo el resto.

Se-

Seguros somos yá. Doña Maria
A toda la Ciudad dá nuevo aliento,
Y espero en su valor...

LOPEZ.

Iñigo, calla;
Desiste de esperar buenos aciertos
En lances que, no viendo el precipicio,
Gobierna la pasion sin el consejo.

D. IÑIGO.

Inútiles temores os asustan,
Y yo soy quien oirlos debo menos.
La Ciudad à mi cargo se halla toda:
Me toca defenderla con esfuerzo,
Y derramar la sangre que me alienta
Por mí mismo, por ella, por mi empleo.
Llorando está à su esposo vuestra hija:
Mi leal amigo fue, vengarle debo.
Ocioso estais, pues ni el amor de padre
Llega à manifestarse, ni el de suegro.
Lo que hacer vos debiais yo executo,
Yo he tomado à mi cargo el cargo vuestro:
Y à Dios, quedad, pues no hago yo aqui falta,
Y en otra parte me echarán yá menos. (*Vase.*)

LOPEZ.

¡Qué poco entiendes lo que el pecho oculta,
Y el pesar que me aflige al mismo tiempo!

ESCENA VIII.

Lopez y Sosa.

SOSA.

Señor, toda Toledo conmovida,
E incitada del llanto y de los ruegos
De vuestra infeliz hija, sale ahora
De extraer del sagrado de los Templos
El oro, plata, ropas y riquezas
Que sirvieron de culto y ornamento;
Y con tal griteria el pueblo insano
Reitera la promesa y juramento
De defender la patria, que los niños,
Las mugeres, los mozos y los viejos,
Viva, viva la Liga y sus seqüaces,
Y muera el enemigo, van diciendo.

LOPEZ.

¡Ay de mí! ¿qué es lo que hablas? ¿qué he escuchado?
Me horrorizo al oir tal sacrilegio,
Impropio del carácter de Christianos,
Y digno del enojo de los Cielos.
¿No fue este pueblo mismo el que otras veces
Se opuso contra el Moro con denuedo,
Por defender la ley de Jesu-Christo,
Porque no cometiesen en sus Templos
Irreverencia alguna, y porque fuese

So-

Sola la Fé adorada en nuestros Reynos?
Pues ¿cómo es este mismo tan iniquo,
Que hoy profana el respeto de los Templos;
Y extrae de los Altares y Sagrarios
Todas quantas alhajas hay en ellos?
¡Oh sacra Religion! ¡oh Fé Christiana!
¿Quién podrá ser tu entivo y fundamento,
Si los mismos Christianos te abandonan,
Quando ensalzar tu nombre prometieron?
¿Aun en mi edad caduca me faltaba
El ver contra la Fé tal vituperio?
¡Oh Cielo! ¿Para quándo son tus rayos,
Que no castigas à este infame pueblo?

SOSA.

Rendida à las instancias de Matilde,
Se arrojó vuestra nuera à tal extremo.

LOPEZ.

Doña Maria es causa de estos males,
Por seguir de Matilde los consejos.

ESCENA IX.

Sale MATILDE.

Logré yá mi intencion. . . Señor no dudo
Que me deis las albricias, pues podemos....

LOPEZ.

¿Qué hacer podrémos, fementida, iniqua,

Que eres causa de tantos desaciertos?
¡Oh seductora infame y embustera,
Que fingiendo un prudente y leal zelo,
Eres el instrumento abominable
De los males y daños de Toledo!
¿Quién jamás te enseñó à que profanases
El respeto sagrado de los Templos?

MATILDE.

El Cielo y la justicia me dirigen,
Y protegen mis votos y mis ruegos,
Por ser mis intenciones convenientes.
¿Es justo que Castilla esté gimiendo
Baxo la esclavitud mas vergonzosa,
Y el yugo mas cruel, duro y severo?
¿Es posible que siendo Castellano,
Esteis en vuestro error tan terco y ciego,
Que querais vér la patria destruida,
Sin que os cause dolor, ni pena el verlo?
¿Pensais que asi cumplis con vuestra sangre?
¿Pensais que esto os adquiere un lauro eterno?

LOPEZ.

Calla vil... ¿Cómo me hablas de ese modo?
¡Es posible que sufra este improperio!

MATILDE.

Si la patria no exîge vuestro amparo,
Lo exîge y lo merece vuestro nieto.
El queda denigrado con la muerte
De su padre infeliz, que en un horrendo
Ver-

Vergonzoso cadahalso dió la vida,
Por defender la patria y sus derechos.
Si vos no vindicais à vuestro hijo,
¿Quién tomará su causa con empeño?

LOPEZ.

Aunque millares de hijos me quedasen,
Y al suplicio estuvieran todos puestos,
Antes que ser traydor, permitiria
Que todos à mis pies quedasen muertos.
La sangre que me corre por las venas
No encierra tan iniquos pensamientos.
Me horrorizo al pensar que fue mi hijo
Del partido de tantos comuneros,
Oprobrio de Castilla y de la España.
No lloro yo su muerte; solo siento
Que siguiendo tus pérfidas idéas,
Manchó su sangre ilustre con sus yerros;
Y aun tu maldad, con esto no contenta,
¿Pretende que yo adhiera à tus intentos?
Vete, monstruo infernal, de mi presencia,
No incites mas mi enojo, ni mi ceño.

MATILDE.

Nò temo vuestras iras, ni amenazas,
Quando tengo en mi abono todo el pueblo,
Y la misma justicia me asegura,
Que de tanto enemigo triunfarémos. (*Vase.*)

LOPEZ.

Antes caerá tu pérfida cabeza

Al filo de mi fuerte y blanco acero.
¿Por qué palpitas, corazon doliente?
¿Qué movimiento es este tan intenso?
No te asustan de Marte los furores,
¿Y ahora tu estado temes? ¿Qual horrendo
Pensamiento cruél te martyriza?
¿Qué causa en tí suscita estos afectos?
¡Ah! mi gloria, mi honor esclarecido
Es lo que excita en mí tal movimiento.
Acaso en el asedio mis amigos
De mi fé dudarán y de mi zelo,
Pensando que con fines muy torcidos
Estoy dentro los muros de Toledo.
¿Mas no defiende el Cielo la inocencia?
Pues yo ¿por qué vacilo, por qué temo?
¡Ay de mí! la desgracia de mi hijo,
El ser esta Ciudad mi patrio suelo,
El ser Doña Maria su caudillo,
Y el tener à la vista un tierno nieto,
¿No podrán producir siniestros juicios
Del honor y lealtad que yo conservo?
Sí... pues sal al instante, Pedro Lopez,
De estos muros traydores y protervos:
Pero si yo abandono en tal estado
A un frenético pueblo è indiscreto,
Que olvidando las leyes de justicia,
A sus furores dexa el freno suelto:
Si de una muger loca y obcecada

Los

Los ímpetus enormes no contengo,
Yá usando de prudentes amenazas,
Yá inspirandole honor con mis consejos,
¿Qué será de esta plebe alborotada?
¿Qué destruccion será la de Toledo?
Entre estas confusiones, Cielo santo,
Permitidme que elija el mejor medio:
Mas si crédito doy al vaticinio
Que el corazon me anuncia, estarme debo,
Pues util en Toledo es mi presencia,
Porque siendo tan fieles mis intentos,
Protegerán los Cielos mis acciones,
Y mi honor quedará puro è ileso.
Ea, pues, los designios comenzados
Dirijan mis acciones y fin recto:
Madurese la empresa, y à mi gloria
Sirva de mayor lustre este troféo.

SOSA.

Segun el ruido y el rumor que se oye,
Doña Maria viene ácia este puesto.

ESCENA X.

Sale Doña Maria vestida de luto, y suelto el cabello, D. Iñigo, y varios Soldados.

DOÑA MARIA.

Soldados, prevenios à la empresa.
Todo de vos, D. Iñigo, lo espero.

D. IÑIGO.

No dudeis de mi ardor: de vuestro padre
Exîgid otro tanto, pues su esfuerzo
Unido con nosotros...

LOPEZ.

¿Qué profieres?
¡Juntar los mios con los votos vuestros!
¡Unirme con sacrílegos osados,
Habiendo cometido un tal exceso!

DOÑA MARIA.

¿Sacrilegios llamais à mis acciones,
Quando son inspiradas de un buen zelo?

LOPEZ.

Inspiradas del diablo y de su astucia
Mas bien debes decir, que no de zelo.
¿Dónde à tal impiedad igual hallaste?
¿Qué Christianos te sirven de modelo
Para accion tan enorme y espantosa?
En vez de respetar el sacro Templo,

Y

Y adorar sus Altares y Sagrarios,
¿Extraes quantos alhajas hay en ellos?
¡Oh qué profanacion! ¡oh qué delito,
Que es digno del castigo mas horrendo!

DOÑA MARIA.

En las fatales tristes circunstancias
En que se vé en el dia aqueste pueblo,
Sin otro amparo alguno, ni socorro,
No es delito el valerse de estos medios.
La Religion, el público reposo,
El inminente riesgo en que nos vemos,
La natural defensa de la vida,
¿No son justos motivos para hacerlo?
De toda esta Ciudad acompañada,
Postrada de rodillas en el Templo,
Y con profundo llanto he dirigido
Mis votos mas humildes y mis ruegos
Al Todo Poderoso, suplicando,
Que si esta accion no hacia con fin recto
Por el bien de la patria, y por el culto
De su divina Ley y sus preceptos,
Me quitase la vida con asombro,
Y sirviese mi muerte de escarmiento,
Antes que profanase el Santuario.

LOPEZ.

Buen modo de fingir lo que no es cierto.
A los hombres se engaña facilmente,
Pero à Dios no es posible que ocultemos

El

El zelo ò la maldad de nuestras obras.

DOÑA MARIA.

Pues, Señor, en el lance en que nos vemos
Cercados de tan fuertes enemigos,
No teniendo otro arbitrio, ni remedio,
¿No es justo que en defensa de la patria,
De nuestra libertad, del honor nuestro,
De tantos infelices oprimidos,
Y de las mismas Aras y los Templos,
Usemos de estos medios, si no hay otros?
Pues ¿por qué le llamais un sacrilegio?

LOPEZ.

Porque son vuestros fines muy torcidos,
Contra toda razon, contra derecho.
Las alhajas que sirven para el culto
Del Todo Poderoso, no debemos,
Por mas necesidad que padezcamos,
Sacarlas del Altar en que estuvieron.
Solo el Rey lo pudiera hacer, en caso
De ver que perecia todo el Reyno,
En una guerra justa y peligrosa
Asaltado del hambre, y sin dinero.

DOÑA MARIA.

Yo sigo el exemplar de otras mugeres,
Que asi tambien lo hicieron otro tiempo.
Las famosas Matronas de la Grecia
Entraron de Diana al sacro Templo,
Y sacando las joyas que allí habia,

Con ellas una guerra sostuvieron.
Las Vestales sus trages y vestidos
De su virginidad tambien vendieron,
Para oponerse al ínclito Temístocles,
Capitan esforzado de los Griegos.

LOPEZ.

Pues tambien las Romanas generosas,
Para hacer un presente à Apolo en Delfos,
Se despojaron de sus joyas ricas,
Y hasta de los anillos de los dedos.
¡Ah! ¡pluguieran los Cielos que siguieses
De éstas, y no de aquellas el exemplo!

DOÑA MARIA.

La accion, Señor, es justa, y aprobada
Por los Grandes, los nobles y plebeyos.

LOPEZ.

Yo digo que es iniqua y afrentosa,
Y que al fin ofendido de ella el Cielo,
Tomará la venganza merecida,
Abrasando en sus rayos à Toledo,
Castigandoos à vos, y à quien ha sido
De tanto desacato el instrumento.

DOÑA MARIA.

La patria asi lo exîge, y el Estado
De un Reyno, que se ve triste y opreso.

LOPEZ.

¿Dónde está la opresion, pues ya me falta
Para tal insolencia sufrimiento?

¿Con qué razon el Reyno perturbasteis,
Y quereis de Toledo haceros dueños?
¿Qué divina, ni humana ley permite,
Que el vasallo por fines indiscretos
Alborotos levante, y haga guerra
A un Señor natural que le dá el Cielo?
¿El Estado y la Patria se defiende
Quemando sus Ciudades y sus pueblos,
Cometiendo atentados y maldades,
Robando sus Iglesias y sus Templos?
Pues este ha sido el fruto que ha sacado
El exército vil de comuneros.
Por ellos se alteró la fiel Segovia,
Se destruyó Medina y Halahejos,
Se estragó Salamanca, tambien Soria,
Y Palencia siguió su iniquo exemplo.
A Burgos, à Leon, Avila y Toro,
Y en fin para acabar, à todo el Reyno
Causó desastres, muertes y afliciones,
Que en deplorable estado le pusieron.

DOÑA MARIA.

Si mi padre no fuerais, no tendria
A vuestra edad, ni canas miramiento.
Mientras viva, la empresa no abandono
De defender los muros de Toledo.
Por la sangre que corre por mis venas,
Y el honor que heredé de mis abuelos,
Os ofrezco, patricios, no dexaros,

Y os reitero el solemne juramento.

D. IÑIGO.

A vuestro lado un rayo seré siempre,
Pues mi valor aníma vuestro zelo.

DOÑA MARIA.

Seguidme, valerosos Ciudadanos,
Que hoy verá el enemigo mi ardimiento.

LOPEZ.

Y tú verás tu muerte y precipicio,
Por despreciar mis ruegos y consejos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.





ACTO SEGUNDO.

EL MISMO SALON ENLUTADO.

ESCENA PRIMERA.

Sale Doña MARIA con su hijo de la mano, vestidos de luto, y en la otra un Estandarte negro, pintado en él con blanco un cadahalso: siguela el Gobernador Don IÑIGO, MATILDE, Nobleza, Pueblo, y Soldados, todos con gasas en los sombreros, y al salir suenan clarines y caxas.

DOÑA MARIA.

Inclitos valerosos Toledanos,
Que en las guerras mas duras y sangrientas
Disteis pruebas de un ánimo invencible,
Propio de vuestro origen y nobleza;
Yá es tiempo que empuñando el blanco acero,
Armados de valor y de destreza,
Contra el poder de tantos enemigos
La Ciudad de Toledo se defienda.
Yá es tiempo que inflamados vuestros pechos
Del

Del amor de la patria, en está empresa
Causen terror y susto al enemigo,
Y vencer ò morir todos resuelvan.
A mas de estar sitiados hace dias
Por fuerzas superiores à las nuestras,
Haro se ha incorporado en el asedio,
Y piensa reducir à su obediencia
A la Imperial Toledo. ¡Qué arrogancia!
Solo el imaginarlo me avergüenza.
Yá sabeis que su enojo vengativo
Hizo tantos estragos y miserias
En toda la Castilla, siendo el móvil
De estas adversidades que nos cercan.
Yá sabeis que à mi esposo en un cadahalso
Dió una muerte cruel, triste y funesta.
No ignorais, que siguiendo en sus intentos,
Llenos de la malicia mas proterva,
Si llegase à rendirnos, usaria
De su indigno furor con inclemencia.
Me horrorizo al pensar en las desgracias,
Que si asi sucediese, nos esperan.
La sangre correria por las calles,
La Ciudad estaria en llanto envuelta,
Los viejos, las mugeres y los niños
Serian del furor victimas tiernas;
Los Templos, nuestras casas y palacios
En polvo reducidos fenecieran;
Los clamores, el llanto y alharidos

La imagen de la muerte mas sangrienta;
El luto y el terror por todas partes
Nuestro vital aliento destruyeran.
Mirad de este Estandarte el vaticinio,
Si à estos muros dexamos sin defensa.
Mirad à esta inocente criatura,
Imagen que à mi esposo representa.
El mueva à vuestro brazo valeroso
A hacer al enemigo resistencia.
Considerad su suerte desgraciada,
Y tambien los influxos de mi estrella.
No aniquile el valor de vuestros pechos
De un caudillo la pérdida funesta.
Si faltó mi marido, yo en su puesto
Imitaré su zelo y su firmeza.
Seguidme sin temor, con arrogancia,
Juzgando que yo soy otra Isabela;
Pues si ella entró en Granada con denuedo,
No temiendo del Moro la potencia,
Yo ofrezco defender hoy à Toledo,
Hasta perder la vida en alta empresa.

D. IÑIGO.

Todo el pueblo, Señora, asi lo ofrece,
Y solo vuestras órdenes espera
Para abrasar en fuego al enemigo,
Abatiendo su orgullo y su soberbia.
Se oyen por todas partes alharidos,
Que dicen alternando, guerra, guerra,

Y encendidos los ánimos en ira,
A vuestra voz è imperio se sujetan.

DOÑA MARIA.

Pues hagamos al punto una salida,
Que corte al enemigo sus ideas.

D. IÑIGO.

Mi brazo será entivo de Toledo.

DOÑA MARIA.

Y el mio de Castilla la defensa.
Ea, soldados mios, al combate.
Viva la gran Toledo, y Haro muera.

UNOS.

Viva, viva la Liga y sus seqüaces.

OTROS.

Muera nuestro enemigo, muera, muera.

Suenan caxas y clarines, y retiranse todos.

ESCENA II.

PEDRO LOPEZ solo.

LOPEZ.

¿Qué ruido y alboroto es el qüe se oye?
Toda ésta infiel Ciudad está revuelta.
Yo no sé adonde voy; à cada paso
Nuevos motivos hallo de tristeza.
El cadahalso del hijo me horroriza,

La furia de su esposa me amedrenta,
La suerte de mi nieto me entristece,
La ruina de Toledo me consterna.
¿Qué haré yo, Santos Cielos, en tal lance?
¿Qué medios podré usar, qué estratagema,
Para que yá Toledo se sosiegue,
Y à su Rey y Señor preste obediencia?
No bastan amenazas, ni consejos;
Un indigno furor à todos ciega,
Y siguiendo los pasos de mi hija,
Buscan su precipicio en su defensa.
Todos son alborotos, confusiones,
Zozobras, amenazas y miserias.
La venganza, el rencor y la avaricia
A nobles y plebeyos señoréa.
No hallo alguno que siga mis consejos,
Todos con ignominia me desprecian,
Y de traydor infame de la patria
Por toda la Ciudad se me moteja.
Mi hija en sus furores obcecada,
Solo de su capricho se aconseja,
Con cautelosa astucia se concilia
De la plebe el amor y la obediencia.
Cree los malos consejos de Matilde,
Y hace que la Ciudad siga sus huellas.
En fin, en tal conflicto no hallo un medio
Que refrene algun tanto su insolencia;
Pues aunque vé los riesgos inminentes,

Las iras y venganzas mas la alientan.
No he visto otra muger mas obstinada
Para buscar su muerte con afrenta.
Ni el hijo la detiene, ni à mis voces
Y justas advertencias se sujeta.
Armada de furor, por las esquadras
Corre, inspira valor, manda, gobierna,
Y delante de todos sus soldados
Con la espada en la mano se presenta.
De abismos en abismos se confunde
Colérica, indignada è indiscreta.
¡Ah Cielos! aplacad su injusto enojo,
Libradla del estrago que la espera.

ESCENA III.

PEDRO LOPEZ y SOSA.

SOSA.

Señor, toda Toledo comovida,
Siguiendo los consejos y las huellas
De vuestra infeliz hija, su caudillo,
Que le infunde valor con su presencia,
Ahora acaba de hacer una salida
Con el mayor arrojo y con violencia.
En ella al enemigo ha rechazado,
Despues de una contienda muy sangrienta:
Y el Marques de Mondejar à su hermana

En un brazo la hirió sin conocerla.
Quando la conoció, con mil caricias
Procuró sosegarla y contenerla;
Pero encendida en ira le amenaza,
Le trata de traydor, y le desprecia.

LOPEZ.

¡Qué dices! cada instante mas afanes,
Mas temores me afligen y atormentan.
Todo es sustos, congojas y desvelos,
Sin tener quien mis males compadezca.
Solo aqui, sin amigos, sin apoyo,
¿Cómo podré yo hacer que se contenga
Un pueblo enfurecido, que profana
El sagrado del Templo y la Diadema?
¡Ah qué dia infeliz y deplorable,
Lleno de confusion, luto y afrenta!
Inmóvil me ha dexado esta noticia.
Si un paso doy, al otro el pie me tiembla.
Pero ¿yo cobardia, yo temores,
Quando del terso Tajo en las riveras
Salí à la luz del mundo? ¿quando nunca
Ni el horrendo clamor de la trompeta,
Ni el espantoso ruido de las caxas
Me causaron pavor, susto ò sorpresa?
Mas ¿qué sirve el valor en este caso
Para aplacar la plebe y su soberbia?
¿Qué haré, Sosa, en el lance que me hallo?

SOSA.

Vuestros sanos consejos y advertencias
Solo podrán hacer que se sujete.

LOPEZ.

¡Ah! la razon su enojo no refrena.
El capricho, el furor y la malicia
Solamente la manda y la gobierna.
Voy en fin à tentar todos los medios
Que me dicte el consejo y la experiencia,
Para que esta Ciudad alborotada
Conozca los errores que la ciegan:
Y si acaso no cede à mis avisos,
Entonces yo seré quien mas la ofenda;
Pues ya sufrir no puedo el desacato
Con que ultraja à mi Rey, y me desprecia.

(Vanse.)

ESCENA IV.

Doña MARIA*, la qual lleva atado un pañuelo à un brazo lleno de sangre, y à su hijo de la mano, y* MATILDE.

MATILDE.

Que os repareis conviene de la herida.

DOÑA MARIA.

Es leve, y no me pasma, ni consterna.

MATILDE.

Pero puede tener malas resultas,

DOÑA MARIA.

No importa, sufriré las que me vengan.
El actual estado de Toledo
Exîge mi valor y mi presencia.
Mas me asusta el estrago que produxó
El enemigo infame en la pelea;
Pues aunque nuestra tropa le ha obligado
A hacer la retirada con vileza,
Han quedado en su campo de los nuestros
Muchos muertos y heridos. Esta empresa
Ha intimidado mucho à nuestra tropa,
Y si el Gobernador no vá, y la alienta,
Abatido el orgullo de la plebe,
Grandes calamidades nos esperan.
Corre al punto, y prevenle de mi parte,
Que reuna la tropa yá dispersa,
Que pinte à todo el pueblo nuestro estado,
Nuestro inminente riesgo y contingencia;
Que repare los daños de los muros,
Las ruinas de las torres y las puertas,
Y hallará el enemigo de este modo
En un súbito asalto resistencia.

MATILDE.

Voy al punto, Señora, à obedeceros.
¡Qué valor! ¡qué corage! ¡qué entereza. (*Vase.*)

ESCENA V.

Doña MARIA *y su hijo.*

DOÑA MARIA.

Aunque me es la fortuna tan ingrata,
Que destruye mis máximas è idéas,
No por eso desmaya mi ardimiento,
Ni los riesgos, ni daños me amedrentan.
Solo tú, hijo del alma, viva imagen
De mi esposo infeliz, por tu edad tierna
Puedes ocasionar mis aflicciones.
El vér que si yo muero, tú te quedas
Huérfano, sin riquezas, sin honores,
Es lo que mas me afana y atormenta.
La pérdida funesta de tu padre,
Y el vér que ahora este pueblo, si viviera,
No se hallára en tan grandes confusiones,
Turba mi corazon. Aunque yo fuera
La muger mas magnánima, no hay duda
Que à esta feral memoria falleciera
Mi espíritu arrogante; pues conozco
Que se ván minorando nuestras fuerzas,
Y que está la Ciudad en gran peligro.
La muerte no me asusta, pues resuelta
Por amor de la patria la deseo,
En caso que no pueda defenderla.
Pero verte morir, hijo querido,

Jun-

Junto à mí indignamente y con afrenta,
Yo no podré sufrir. ¡Ay hijo amado!
¡Dulce consuelo mio! ¡dulce prenda! (*Llora.*)
Favorezcan los Cielos tu destino,
Yá que asi te persigue la inclemencia
De la fortuna injusta, en los principios
De tu pequeña edad, en que te quedas
Sin padres que te eduquen, ni te cuiden,
Y expuesto à los rigores è indolencias
De tantos enemigos. Mas ¿qué es esto?
¿Yo me acobardo asi? ¿yá desalienta
Mi corazon valiente? ¿Qué es la muerte?
Si es un mal, es mejor quanto antes llega;
Y si es un bien, es justo apetecerlo;
Pues ¿por qué me desmaya? ¡Ah! no: yo muera
Antes que abandonar la Liga intente,
Y dexar que mi patria quede opresa,
Aunque tú quedes huérfano, y tan pobre,
Que tengas que pedir de puerta en puerta.

ESCENA VI.

Doña MARIA, *el Gobernador* D. IÑIGO, *y despues el Marques de Mondejar cubierto el rostro con una banda.*

D. IÑIGO.

Señora, del exército contrario

Un

Un Capitan en este instante llega,
Que de parte de Haro viene à hablaros.
Le hice vendar los ojos en la puerta,
Y asi le he conducido.

DOÑA MARIA.

Dexad que entre.

Entrase el Gobernador por una puerta, y sale al instante con Mondejar en la forma expresada.

DOÑA MARIA.

Verémos qué maldad es la que intenta.

D. IÑIGO. *(Sientase.)*

Aqui está yá.

MONDEJAR.

Señora, el Cielo os guarde.
(Fingiendo la voz.)

DOÑA MARIA.

Decid, y descubrios.

MONDEJAR.

Yo quisiera
Que quedasemos solos.

DOÑA MARIA.

Al instante,
Si asi lo pretendeis, salid à fuera.

ESCENA VII.

Vanse todos: descubrese MONDEJAR, *y al verle Doña* MARIA *se levanta sobresaltada.*

MONDEJAR.

Aunque por mis avisos irritada,
Te enoje y enfurezca mi presencia,
El amor fraternal que te profeso,
La sangre que me corre por las venas
Me obligan à que venga de este modo
A librarte del riesgo que te espera.

DOÑA MARIA.

¿Cómo, vil, arrogante, fementido,
Delante de mi vista te presentas,
Quando aun tu nombre solo me horroriza,
Y el ser hermana tuya me avergüenza?

MONDEJAR.

Aunque con mil ultrages me desprecies,
Hermana de mi vida, es tal mi pena,
Al vér tu obstinacion, que yo no puedo
Dexar de disuadirte de esta empresa.
Yá el exército nuestro se adelanta,
Y entrará en la Ciudad con gran presteza;
Y si sigues tenáz en tus designios,
¿Quál será tu castigo? ¿quál mi afrenta?
Yá el terror tus soldados acobarda,

Yá

Yá la Ciudad está con pocas fuerzas,
Y el furor, el enojo y ardimiento
Se ha trocado en temor, susto y vileza.
¡Ay hermana del alma! no te expongas
A una muerte afrentosa, indigna y rea.
Mira la lealtad de nuestros padres,
Y el honor que te dieron por herencia.
Acuerdate que siempre al Rey sirvieron,
Siendo exemplos gloriosos de obediencia.
Acuerdate del fin, que en un cadahalso
Ha tenido tu esposo con afrenta.
Acuerdate que tienes tus hermanos
Sirviendo al Rey, siguiendo sus vanderas.
Considera que manchas nuestra sangre
Con accion tan iniqua y tan proterva.
Reflexîona que el vulgo que hoy te ama,
Mañana te abomina y te detesta.
Considera que tienes pocos medios
Para seguir tan fuerte y dura guerra;
Y que al fin de la plebe abandonada,
Quedará destruida tu potencia;
Pues se dará el asalto en este dia,
A pesar de tus fuegos y trincheras.
Dexate de quiméricos proyectos,
No creas à Matilde, esa embustera,
Que fomenta en tu pecho la venganza,
La infamia, la traycion y la soberbia.

DO-

DOÑA MARIA.

Calla, indigno enemigo de tu patria,
Que se me vá acabando la paciencia.
Selle tu voz el labio, si no quieres (*Ayrada.*)
Ser víctima infeliz de mi fiereza.

MONDEJAR.

Refrena, hermana mia, tus delirios,
Corrige tu furor è inadvertencia.
Yá que por mí no cedas, cede al menos
Por esta criatura amable y tierna.
Su inocencia, su infancia y tersa sangre
Que corre por sus puras fieles venas,
Contengan tus impulsos tan atroces,
Que de su clara estirpe degeneran.
Reflexíona que oprobrios è ignominias
Serán su mas horrenda y vil herencia,
Quando la de sus ínclitos abuelos
Solo fue lealtad, zelo y nobleza.
¡Ay hijo de mi vida! por tí solo
Mil vidas que tuviese yo perdiera,
Por no vér que de infame alevosía
Tus títulos serán, no de grandeza.
¡Ah hermana! à compasion te mueva el llanto
De un hermano afligido que te ruega.
Por la sangre que alientas de tus padres,
Lleno de confusion y de tristeza,
Que sigas las vanderas imperiales,
E inspires en Toledo la obediencia.

DO-

DOÑA MARIA.

Quitate de mi vista, aleve, iniquo
Destruidor de la patria, infame fiera.
¿Dónde están las hazañas de tu gloria,
Para que asi me ultrages y reprehendas?
No quiero que Toledo se sujete
A sufrir una indigna prepotencia;
Y antes que ella se rinda, de sus muros
No quedará señal, vestigio ò piedra.
Yo à la patria defiendo y al Estado;
Y seguiré la empresa hasta que muera.

MONDEJAR.

¡Oh Agripina cruel! ¡oh Helena injusta!
Que perder à Castilla solo anhelas:
Asi como estas dos fueron la causa
De que Roma y la Grecia se perdieran.

DOÑA MARIA.

Vive el Cielo que el pecho he de pasarte...

ESCENA VIII.

Vá à darle con un puñal, y la detiene PEDRO LOPEZ.

LOPEZ.

Detente. ¿Cómo es esto? ¡qué insolencia!
¿Qué ciega crueldad te precipita,
Armando de furor tu insana diestra

Con-

Contra tu mismo hermano? ¡qué delirio!

DOÑA MARIA.

Castigo la osadía, con que intenta
Vér rendida à Toledo, y abatida
A mí, como una esclava entre cadenas.

MONDEJAR.

Yo solo la aconsejo, Pedro Lopez,
Que se aparte al instante de esta guerra,
Porque ha de ser su muerte la ignominia
De nuestro puro origen y nobleza.

DOÑA MARIA.

Mas bien lo serás tú, traydor iniquo,
Cuya vana ambicion es tan perversa,
Que ofendiendo à tu patria y à tu sangre,
Aniquilarme quieres con cautelas.

LOPEZ.

Tu hermano es Castellano verdadero;
Sus acciones son dignas de Mondejar;
Sirve al Rey y al Estado; tú eres sola
La que al uno y al otro vituperas:
A aquel, porque el respeto le has perdido,
Y à éste, porque en discordias le fomentas,
Que destruyen la patria, y que corrompen
La virtud mas heroica y mas perfecta.

DOÑA MARIA.

Muy diverso es mi fin, yo solo aspiro
Al bien de nuestra patria, que está opresa.
Vosotros no buscais sino su ruina,

Con lealtád fingida è indolencia,
Cifrando vuestro honor en ser traydores
Contra la libertad que ella desea,
Sin tener compasion del duro peso
Que sufre del poder y la vileza.

LOPEZ.

Tus enojos te ciegan, y no adviertes
Que será mayor mal la independencia,
Pues subsistir no puede ningun cuerpo
Si falta à su gobierno la cabeza.
No fue la libertad, ni el patriotismo
El que encendió la llama de esta guerra,
Fue solo el interés, y la avaricia
La ambicion de mandar, y la sobervia.
Don Pedro de Giron queria à Medina
Mandar las Merindades Salvatierra;
Avalos de su injuria la venganza;
Lason ser de Toledo la cabeza;
Pimentel Salamanca deseaba;
Y tú con vanidad loca indiscreta
Intentabas que fuese tu marido
Maestre de Santiago: Estas idéas
Inflamaron el ánimo envidioso
De tantos que lealtad, y zelo obstentan.

DOÑA MARIA.

La envidia, y la avaricia en vuestros pechos
Es la que predomina, y la que reyna;

Pues pensais que sirviendo al Rey leales
Adquirireis honores, y riquezas;
Y en tanto conspirais contra la Patria,
Siendo exemplos mostruosos de fiereza.

MONDEJAR.

Remediamos los daños que le causan
Los mismos que aparentan defenderla;
Pues vemos que su ruina es infalible
Si siguen estas guerras tan cruentas.
Desde que principiaron, oprimida
La república gime en la pobreza.
Todos son desacatos, muertes, robos,
Maldades, atentados, è insolencias.
No se castiga al vil, ni premia al bueno,
No hay justicia, no hay ley, no hay obediencia.
¿Y esto es bien de la Patria? ¿y esto es zelo?
¿Este es el patriotismo que aparentas?
Dí mas bien, que es la ruina del Estado,
Dí que es su destruccion, di que es su ofensa.

DOÑA MARIA.

Mientes indigno, vil: tus artificios
No cohonestan tu infamia, ni bajeza.
Los estragos, y males que publícas
Provienen del rigor, y prepoténcia.
Si ésta no hubiera opreso à la Castilla,
Si no hubiera extrahido sus riquezas,
Si hubiera administrado la justicia,
Y guardado sus justas preeminencias,

¿Se hubieran suscitado las discordias?
¿Se hubiera fomentado tanta guerra?
No hay razon, no hay justicia que prescriba
El sufrir tal rigor, ni tal afrenta;
Pues no han bastado ruegos, ni clamores
Para que tanto orgullo se contenga.

MONDEJAR.

Los Vasallos leales obedecen
Quanto su Rey les manda, y les ordena.
Contra el Cetro oponerse nadie debe:
Sacrílega es la accion, y à ley opuesta.
Perece mucha gente, todo es hambre,
Escasez de dinero, y turbulencias.
Esto es lo que la Liga ha ocasionado
Con tanta desunion, è irreverencia,
Pues de infieles vasallos apoyada,
La indiscrecion del vulgo la fermenta.
La Liga al Condestable echó de Burgos,
De Tordesillas al Marqués de Denia,
De Salamanca á todo Caballero,
Y à Don Diego Mendoza de Palencia;
Y en lugar de estos inclitos varones
Tomó por Capitanes, con afrenta,
A muchos Cerrageros, Tundidores,
Y hombres de poco honor, y baja esfera.
Esta es la tropa vil de Comuneros
Que saquea los pueblos, y los quema,
Que consume, y destruye los sembrados,

Que roba los ganados, y aun Iglesias,
Que dá muerte à quien quiere, y como quiere,
Y fuerza à las casadas, y doncellas.
¡Qué horror causa mirar estos estragos,
Y mas el verte à tí furiosa, y ciega
Aumentar las discordias con tu exemplo,
Con tanta crueldad tanta inclemencia!

DOÑA MARIA.

Ya apurais mi paciencia, y sufrimiento.
El amor de la Patria me aconseja,
Y antes daré la vida que rendirme:
Busco su libertad aunque perezca.
Nada turba mi espíritu invencible,
Pues los Cielos protegen la inocencia.

MONDEJAR.

¿Tú llamas inocencia à tal perfidia?
¡Ah qué engañada vives! considera
Que si sufren los Cielos tus maldades
Es solo para ver si al fin te enmiendas;
Si no teme el rigor de su justicia,
Que contra tí indignada...

DOÑA...

Calla, cesa,
Que aunque esté aqui mi padre... (*furiosa.*)

LOPEZ

Sella el labio,
¿No te causa respeto mi presencia?
Vive el Cielo que ya...

DOÑA MARIA.

Necia porfia,
Querer que vuestro aspecto me deteng .
Son vuestras persuasiones enfadosas;
E irritan mi furor, no me moderan.
Seguid vuestro partido, defendedlo:
Yo el mio seguiré, venza quien pueda;
Pues ni vuestros exércitos me asustan,
Ni vuestras amenazas me amedrentan.
Salid ambos al punto de Toledo, *(Vase.)*
O haré que os den la muerte, ò que se os prenda.

LOPEZ.

Insolente, atrevida, temeraria...

ESCENA IX.

MONDEJAR.

Nada puede bastar à contenerla,
Ni por ningun camino se consigue
Que un impulso de honor su pecho sienta.

LOPEZ.

¡Ah que su obstinacion me martiriza
Porque veo su ruina ya muy cerca!
No es facil disuadirla de su engaño:
Tal es la furia insana que la ciega.
Aunque todos los medios he tentado,
Ya hablandole con ceño, y aspereza,
Ya con finas caricias, y ternura

No he podido lograr el convencerla.
Vá añadiendo delitos à delitos.
Toda esta rebelion ella acrecienta,
Recordando la muerte de su esposo,
Que la plebe, aunque muerto, lo venera:
Indeciso mi espíritu se halla,
Y nada resolver dudoso acierta
Salir de la Ciudad contigo intento;
Mas antes con mis ruegos yo quisiera
Lograr que esta muger reconociese
Su maldad afrentosa, y su torpeza.

MONDEJAR.

Ya ha llegado al extremo su locura,
E imposible será que se contenga.
Es mejor que dexeis estos designios
Volviendo à nuestro exército, y vanderas.
Asi sinceraréis vuestra conducta,
Y quitaréis las dudas, y sospechas
Que contra vuestro honor ha producido
La mansion en Toledo.

LOPEZ.

¡Oh qué demencia!
¡Yo traydor à mi Rey! ¿dudarse pudo
La ley de Pedro Lopez, y entereza,
Quando siempre leal fue à la Corona,
Y derramó su sangre en su defensa?
¡Ay de mí! Esta sospecha me horroriza,
Me confunde, me pasma, y avergüenza!

Yo

Yo si en Toledo he estado, mis intentos
Fueron apaciguar sus turbulencias,
Contener à tu hermana, y corregirla
Para que ni una, ni otra perecieran.

MONDEJAR.

Haro nunca creyó que traydor fueseis;
Aunque muchos tubieron la sospecha,
De que la muerte dada à vuestro hijo,
Habria trastornado la fé vuestra.

LOPEZ.

Ah que este pensamiento muchas veces
Me ocasionó temores, y dolencias;
Pero el amor al nieto, y à su madre
Fue causa de que aqui permaneciera.

MONDEJAR.

Pues ya que fruto alguno no se saca
De esta muger infiel, que no os respeta,
Ni teme al precipicio que la aguarda,
Conviene abandoneis tan dura empresa,
Dexando que ella misma de su enojo,
Y de sus viles obras se arrepienta.

LOPEZ.

Dices muy bien: salgamos de Toledo,
Y tomemos las armas en defensa
De Carlos Quinto nuestro Rey glorioso;
Para que todo el mundo mas bien vea,
Que ni aun la misma sangre nos obliga
A cometer maldades, ni vilezas,

Sino que preferimos ser leales
A costa de quien tiene sangre nuestra.

MONDEJAR.

Mis brazos, Pedro Lopez, sean testigos
De quanto el corazon se lisongea
Al ver vuestra lealtad: esta constancia
Aníma mi valor, mi pecho alienta.
Sigamos esas cristianas máximas,
Seamos ambos exemplo de obediencia,
Y si esta vil Ciudad se abrasa en llamas,
Como viva mi Rey, muera quien muera;
Pues aunque de mi hermana la perfidia
Turba mi corazon, y me avergüenza,
Por ser leal vasallo yo no escucho
Los gritos que me dá naturaleza.

LOPEZ.

Ese lenguage es propio de un vasallo
Que ha nacido en Castilla con nobleza.
Aunque viejo y sin fuerzas, verán todos
Que mi leal amor mi brazo alienta
A defender mi Rey, y ardor infunde
A mi valor caduco, y à mi diestra.
Vamonos al exército al momento,
Y ya que asi tu hermana nos desprecia,
Tema el rigor severo de la espada
Que empuñará en su daño la fé nuestra,
Y espero triunfará de su locura
Con el favor del Cielo, y su asistencia.

MON-

MONDEJAR.

La razon y justicia nos animan,
Y es preciso que el Cielo nos proteja. (*Vanse.*)

ESCENA X.

MATILDE apresurada, y despues Doña MARIA tambien acelerada.

MATILDE.

Aunque para encontrar à mi Señora
Todo lo exâminé con diligencia,
No la he podido hallar. ¿Dónde habrá ido?
Yo por necesidad tengo que verla,
Para poner remedio à las desdichas,
E inminente peligro que nos cerca.

Hace como que se vá, y sale Doña Maria.

DOÑA MARIA.

¿Matilde?

MATILDE.

¿Mi Señora?

DOÑA MARIA.

¡Qué congoja
Me oprime el corazon!

MATILDE.

¿Por qué esa pena?

DOÑA MARIA.

Yá ha llegado à Toledo el triste dia
Que causará dolor, terror y afrenta.

MATILDE.

Pues ¿qué novedad hay? Decid, Señora;
Vuestro semblante triste me consterna.

DOÑA MARIA.

Haro avanza su linea: yá el asedio
Una ruina horrorosa nos presenta:
Yá los fuegos destruyen nuestras casas:
Yá en los muros los tiros abren brecha:
Yá la venganza alienta al enemigo,
Y dár pronto el asalto solo intenta.
En gran peligro estamos: yá en los pechos
Se trocó en cobardía la fiereza:
Yá unos soldados huyen de los tiros,
Otros al vér el riesgo, se amedrentan:
En fin no sé qué hacer en tal angustia,
Es nuestra situacion bastante estrecha.

MATILDE.

Si mostrais cobardía, no habrá duda
En que todo será luto y tristeza.
Tomad luego la espada, y presentaos
Delante de este pueblo que os venera,
Pues cobrará valor al vér el vuestro,
Y hará à los enemigos resistencia.

DOÑA MARIA.

¡Ah que el pueblo vacíla ya inconstante

Ha-

Haro yá ha introducido con cautela
Quien diga que *Croix* nuestro Arzobispo
Ha fallecido yá ; de tal manera,
Que ofrece ha de poner un Castellano,
Que rija y que gobierne en esta Iglesia.

MATILDE.

No obstante ese temor, ten confianza
De adquirir la victoria. La inocencia
Abatida, ultrajada y oprimida,
Siempre encuentra socorro en la clemencia
De los divinos Cielos, pues la amparan
Contra la sinrazon y la cautela.
Dad parte à los Franceses, que ofendidos
Aun en sus pechos ínclitos conservan
A aquella sedicion que hubo en Navarra,
Y ellos enviarán quien nos defienda
De tantos enemigos poderosos.
Enviad igualmente con presteza
Emisarios à Dávalos, que digan
Nuestra suerte infeliz y lastiméra.

DOÑA MARIA.

Pero yá ¿cómo quieres que el socorro
Llegue à tiempo oportuno, si se acerca
El momento en que Haro dé el asalto,
Segun preparativos que se observan?
Yo temo que ha de ser en este dia:
Y si asi sucediese, ¿qué defensa
Podrémos intentar, si yá están todos

Pre-

Preocupados de miedo y de vileza?

MATILDE.

No el terror de esta suerte os intimide,
Ni vuestro pecho agite la flaqueza.
El daño que las huestes enemigas
Han causado en los muros y la puerta,
Está yá reparado. Todo el pueblo
Defender la Ciudad solo desea,
Por no verse sujeto al despotismo,
A la maldad, engaño y prepotencia.
La voz que Haro ha esparcido no es posible
Que en sus pechos leales haga fuerza,
Quando todos combaten por salvarse,
Por defender sus hijos y su hacienda.
Ahora he visto subir à los soldados
Con la mecha encendida à las almenas,
Resueltos à morir con gran denuedo,
Antes que de Toledo se haga entrega.
La derrota causada al enemigo
En la última salida, fue sangrienta;
Y antes que se repare de este daño
Ha de pasarse tiempo. Las trincheras
Que la Ciudad defienden, no han tenido
Lesion considerable, y mientras puedan
Lanzar ardiente fuego, no es posible
Que à emprender el asalto se resuelvan.
Municiones no faltan, ni utensilios
Para seguir constantes la defensa

De

De esta Imperial Ciudad: y si podemos
Resistir algun tiempo à la potencia
De las huestes contrarias, yo no dudo
Que llegará oportuna la asistencia
De las tropas de Dávalos, y entonces
Podrémos subsistir en esta guerra
Hasta que vengan las Francesas huestes,
Que acampadas están en las fronteras.
En fin, Señora mia, en nobles pechos
No debe entrar jamás susto ó vileza;
Y mas quando en defensa de la patria
Juró verter la sangre de sus venas.
Si la Ciudad cobardes entregamos,
Nos exponemos siempre à la inclemencia
De un General que funda el mayor triunfo
En tomar la venganza mas severa
De aquellos que en defensa de la patria
Siguieron de la Liga las vanderas.
Vuestro esposo infeliz es un exemplo,
Que demuestra bien claro su fiereza;
Y si llega à prenderos, vuestro brio
Sin duda pagaréis con la cabeza,
Y tambien vuestro hijo desgraciado
Será víctima triste en su edad tierna.
Pues si evitar la muerte no es posible,
Muramos à lo menos en defensa
Del honor, de la patria, de las leyes,
De la razon y justa independencia,

Que

Que la infeliz Castilla opresa busca,
Quando ruegos no valen, con la fuerza,
Por no vér sus blasones despreciados,
Y sacudir el yugo que la apremia.
Ea, pues, un momento no perdamos,
Si no queremos ser víctimas tiernas
Del mas fatal rigor, de la injusticia,
De la opresion, è indigna prepotencia.

DOÑA MARIA.

Tu voz alienta mucho mis temores,
Y asi à todo me tienes yá dispuesta:
Y si por defender mi patria amada,
Me faltase la vida, mas que muera.
Al punto harás....

ESCENA XI.

El GOBERNADOR, Doña MARIA, y MATILDE.

D. IÑIGO.

Señora, gran desdicha,
Grandes calamidades os esperan.
Haro yá viene cerca del Alcazar,
Yo viendome sorpreso, à sus propuestas
Me he rendido al instante. No hay refugio:
Vos debeis, ò prestarle la obediencia,
O marcharos al punto de Toledo,

Si no quereis perder vuestra cabeza.
Casi toda la plebe ya vacíla,
Y al fin será de aquel que viva y venza.
En gran peligro estais, y asi al instante
Procurad con la fuga...

DOÑA MARIA.

Infame lengua.
¿Yo fuga? ¿yo temor? viven los Cielos,
Que aunque mi muerte cierta la tuviera,
Con la espada en la mano seré un rayo,
Una furia infernal, y cruel fiera,
Que oponiendome à todos con enojo,
Saciaré con su sangre mi soberbia.

MATILDE.

Eso sí, mi Señora, à vuestro lado
Me tendréis con valor hasta que muera.

D. IÑIGO.

Mirad que vuestra furia os precipita.

DOÑA MARIA.

Sois un cobarde vos, pues mi fiereza
No teme al enemigo, ni à la plebe.
A Haro voy à buscar, para que sepa,
Que aunque yo soy muger, no me acobarda,
Ni todo su poder, ni sus vanderas.
Vamos, Matilde, al punto...

ESCENA XII.

Saca la espada Doña MARIA. *Van à salir, y entra* HARO *seguido de* PEDRO LOPEZ, MONDEJAR, *y varios soldados.*

HARO.

Deteneos.
¿A dónde vais guiada de la ciega
E indiscreta pasion que os predomína?
¿Quereis aun resistir à mi potencia?
¿No veis que estais yá sola abandonada,
Y que pocos pretenden la defensa?

DOÑA MARIA.

Bien conozco que estoy yá casi sola,
Y que quedan muy pocos que defiendan
A esta Imperial Ciudad; pero yo misma,
Mientras que sangre corra por mis venas,
No podré consentir que se sujete
A sufrir una injústa prepotencia.

HARO.

Suspended el enojo; yo aqui vengo
A hablar con voz de paz, y no de guerra.
Yá he ganado el Alcazar y sus fuertes,
Y la Ciudad está con pocas fuerzas:
Y aunque pudiera luego conquistarla,
Quiero capitular, y entrar en ella,

Sin

Sin causar confusiones, alborotos,
Ruinas, ni lamentables conseqüencias.
Con que asi proponed las condiciones,
Y haced de esta Ciudad al punto entrega.

DOÑA MARIA.

Desde luego os admito ese partido;
Y asi las condiciones serán estas:
Que habeis de conceder à la Castilla
Una quieta y segura independencia:
Que habeis de resarcir los daños todos
Que nos habeis causado en esta guerra:
Que habeis de declararos aliado
De nuestra Liga ilustre y sus vanderas;
Y habeis de perseguir à sangre y fuego
A aquellos que conspiren contra ella.
Estas son, pues, las justas condiciones:
Ahora de la Ciudad os haré entrega.

HARO.

Callad, callad, que yá mi sufrimiento
No puede oir tan grandes insolencias.
Sois una fementida, que abusando
De tanta humanidad y mi paciencia,
Proferis las palabras mas osadas,
Que os dicta la venganza y saña vuestra.

LOPEZ.

¿Hasta quándo, hasta quándo, hija querida,
Has de seguir tu injusto infame tema?
¿Es posible que ruegos, ni amenazas

No han de abatir tu orgullo, ni sobervia?

DOÑA MARIA.

Nada me hará mudar de lo pensado
Mi patria es el objeto que venera
Mi firme corazon, por ella quiero
Morir como Caton, antes que verla
Desdichada, oprimida y ultrajada.
Muere indigno cruel....

Vá à dár à Haro con la espada, dale Mondejar en el brazo, y se le cae.

MONDEJAR.

Tente, soberbia.
¡Qué desacato es este! ¡qué atentado!

HARO.

Yá no puedo sufrir vuestra insolencia.

MONDEJAR.

Señor, no os detengais en castigarla,
Yá que vuestro poder tanto desprecia.

HARO. (*A los Soldados.*)

Prendedlas al instante, y ese aposento
Para entrambas à dos la carcel sea,
Mientras que del castigo merecido
Pronuncio la fatal triste sentencia.

Prendenlas los Soldados, y al llevarlas à la estancia, cuya puerta estará al frontispicio del teatro, dice Doña Maria.

DOÑA MARIA.

Vos podréis castigarme, mas yo nunca
Temeré los influxos de mi estrella;
Pues à todos mis males y desgracias
Superan mi valor y mi firmeza.

Entran, cierran la puerta, y dán la llave à Haro.

MONDEJAR.

¡Ah indigna! tus locuras te confunden,
Y no vés las desdichas que te esperan.
Señor, aunque es mi hermana, yo no puedo
Consentir el orgullo que demuestra,
A influxo de las viles sugestiones
De esa esclava tenáz, de esa hechicera,
Que forjandole enredos à su antojo,
Hace que à sus diabluras dé creencia.

HARO.

Vos hablais como noble; mas yo siento
Vuestros justos tormèntos, vuestras penas.
Ea, soldados mios, al instante
Haced que esta Ciudad jure obediencia
Al Rey nuestro Señor, y que renuncie
De esa pérfida Liga y sus vanderas.

SOLDADOS.

Vamos à obedeceros al momento.

LOPEZ.

Viva el Rey, y el que no lo diga muera.

Suenan caxas y clarines.

HARO.

Mueran los enemigos sediciosos.

SOLDADOS.

Mueran todos. Al arma, guerra, guerra.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

HARO, PEDRO LOPEZ, y el Marqués de MONDEJAR.

HARO.

YA queda esta Ciudad apaciguada,
Y ha prestado obediencia y fiel obsequio
Al Rey nuestro Señor. Yá no hay temores
Que impidan el glorioso vencimiento.
Ahora solo nos falta, amigos mios,
Para que todo quede con sosiego,
Pronunciar la sentencia que merecen
Los atentados viles y protervos

De

De esa muger injusta, y de su esclava.

LOPEZ.

Muy bien, Señor, asi lo conocemos;
Mas el amor de padre me estimúla
A mirar por la suerte de mi nieto,
Y à evitar la ignominia y la vergüenza
Que causará su madre à tantos deudos,
Cuya sangre y antigua fama ilustre
Pura ha sido en Castilla muchos tiempos.
Yá, Señor, que mi hijo valeroso
Ha muerto en un cadahalso, como reo,
No permitais que vea que su esposa
Aumenta su rubor y vilipendio.
Mis canas y servicios os lo piden,
Y con lágrimas tiernas os lo ruego.

HARO.

Levantaos, Señor, que vuestro llanto
Me ocasiona el mas grave sentimiento.

MONDEJAR.

Aunque tantos excesos de mi hermana,
Y su obcecada cólera aborrezco,
Para verla morir en un cadahalso
Os confieso, Señor, no tengo aliento.
Sus delitos me pasman y horrorizan,
Su obstinacion me causa gran despecho;
Pero al fin es mi hermana, y por sus venas
Corre la misma sangre que yo tengo.
Miro tambien su afrenta como propia:

Conozco será escandalo del pueblo,
Y la posteridad el que ella muera;
Pues al fin es muger, y de sus yerros
La disculpa el ser facil en creerse
De imprudentes y pérfidos consejos.
Por todas estas causas os suplíco
Modereis vuestro enojo, en justo premio
De las grandes hazañas y proezas,
Que dieron distintivo à mis abuelos.

HARO.

Por vos y Pedro Lopez estoy pronto
A mudar mis idéas, al momento;
Y si ella al Rey jurase la obediencia
A la vista de todo aqueste pueblo,
Le perdono sus culpas y delitos,
Volviendole su casa y privilegios;
Mas si no, no es posible el perdonarla,
Pues son muchos y graves sus excesos.

LOPEZ.

Muy bien decis, Señor ahora importa
Que pensando entre todos algun medio,
Busquemos el que sea suficiente,
Para que preste luego el juramento.

MONDEJAR.

Vos, como mas anciano y advertido
Podreis con advertencias y consejos
Reducirla à que dexe sus locuras,
Y se reduzca à hacer lo que queremos.

HARO.

Este es el mejor medio que yo hallo.

LOPEZ.

Yo tambien el mejor lo considero.

HARO.

Pues tomad esa llave de la estancia,
Y le podreis hablar en este puesto.

MONDEJAR.

Los Cielos dén impulso à vuestros labios
Para lograr, Señor, nuestros intentos.

ESCENA II.

Solo PEDRO LOPEZ.

LOPEZ.

¡Quántas penas y sustos me confunden!
Bien preveía yo el funesto riesgo
A que esta muger loca estaba expuesta,
Haciendose caudillo de este pueblo.
Asi sucede siempre en las facciones,
Todas tienen el fin triste y funesto;
Pues como los principios son torcidos,
Carecen del apoyo de los Cielos.
Bendita sea siempre la obediencia,
La lealtad y amor que usar debemos
(Porque Dios nos lo manda) à los Monarcas,
Para que asi vivamos mas sujetos.

Un pueblo independiente à rienda suelta,
Corre, segun su antojo malo ò bueno;
Pero un pueblo vasallo siempre mira,
Que à la ley de obediencia está sujeto;
Y asi nuestras pasiones se moderan
En cometer iniquos desaciertos.
Estas máxîmas siempre ha detestado
Esa infelíz muger. ¡Ah! quiera el Cielo
Que viendo su peligro, las adopte,
Y abomine sus culpas y sus yerros.
(*Abre la puerta.*)
Sal, hija de mi vida, yo te llamo,
Traspasado de pena y sentimiento.

ESCENA III.

Sale Doña MARIA, *descompuesto el cabello, con esposas en las manos, y con semblante sereno.*

DOÑA MARIA.

¿Qué me quereis, Señor? ¿vos presuroso?
¿Qué causa aqui os conduce macilento?

LOPEZ.

Mi amor à este lugar me ha conducido,
Lleno de confusion, dolor y miedo;
Pues Haro ha pronunciado la sentencia
De tu muerte infelíz, si desde luego

En un acto solemne no prestases
Al Rey de lealtad el juramento.
Esto vengo à rogarte por tu hijo,
Por tus pobres hermanos, por tus deudos,
Por mí, por mi hijo amado, y estas canas;
Y en fin por todo el Cielo te lo ruego.

DOÑA MARIA.

Yo sigo el exemplar de mi marido,
Y aquel solemne, y justo juramento
Con que ofrecí seguir aquesta Liga
Hasta perder la vida. Estad en esto,
Y no me propongais pactos tan viles.

LOPEZ.

Mira hija de mi vida el trance fiero,
La infamia, è ignominia que te espera.
Mira que tu hijo queda en años tiernos
Para ser el oprobrio de las gentes.
Considera que yá todo este Pueblo,
Que antes obedecia tus mandatos,
Ha trocado el amor en duro ceño,
Y que clama tu muerte porque dice,
Que eres tú de su ruina el fundamento.
Mira que yá no tienes quien te ampare,
Y vas à perecer sin mas remedio.
Estas canas que miras compadece:
Compadece las lagrimas que riego. (*Llora.*)
Cesen yá tus enojos, hija mia,

A tus plantas postrado te lo ruego.
(*Arrodillase, y se levanta luego.*)
Mira que yo dí el sér à tu marido,
Y ya que él te faltó, yo te defiendo
Como que soy tu padre. ¡Ay hija mia!
Muevate el corazon mi justo zelo.

DOÑA MARIA.

Si es vuestro zelo justo, ò es injusto
A definir aqui no me detengo:
Ni si es el tema mio bueno, ò malo
Tampoco persuadiros yo pretendo.
Solo os digo que nada me horroriza,
Y que mi triste muerte firme espero.
No os canseis mas en vanas advertencias.
Id, y decidle à Haro en el momento,
Que su poder desprecio, y amenazas
Porque à la dura muerte no la temo.

LOPEZ.

No te dexes llevar de esas locuras,
Refrena tus enojos, y ardimiento.

DOÑA MARIA.

Señor, todo es en vano.

LOPEZ.

¿Por qué causa?

DOÑA MARIA.

Porque quiero morir, en tanto riesgo,
Antes que consentir iniquidades.
A mi prision estrecha yo me vuelvo,

Don-

Donde espero constante la sentencia,
Y armada de valor, y de denuedo.

Entrase en la prision, y cierra la puerta Pedro Lopez.

LOPEZ.

¡Ah ingrata enfurecida! ¡Qué desdicha!
Yo no sé que he de hacer divinos Cielos.
¡Qué infame obstinacion! Estoi confuso
A vista de tan grande atrevimiento.
Estas si que son penas, y congojas.
Estos si que son graves sentimientos.
Apenas pierdo un hijo con afrenta,
A impulsos del cuchillo mas sangriento,
Quando miro à su esposa en igual trance,
Y huerfano à mi nieto en años tiernos.
¿Y es posible que tantas desventuras
No cortan mi vital, y triste aliento?
¡Oh dia desgraciado! ¡oh suerte adversa!
¡En qué infelíz estado ya me veo!
No sé lo que he de hacer: estoi confuso,
Me tiembla el corazon: nada resuelvo.

ESCENA IV.

El Gobernador Don IÑIGO, *y* PEDRO LOPEZ.

DON IÑIGO.

Este dia Señor es deplorable,
Todas son aflicciones, y lamentos.
¡Qué ruinas! ¡Qué alborotos! ¡Qué mudanzas!
Ahora pide, Señor, toda Toledo
Que muera vuestra hija como origen
De tanta confusion y desacierto.

LOPEZ.

¡Qué me decís amigo!

DON IÑIGO.

Es cosa cierta.

LOPEZ.

Todo se ha conjurado en daño nuestro.
¡Oh confusion! ¡oh pena insoportable!

DON IÑIGO.

Este aviso que os doy es con objeto
De que vos procureis salvar su vida.

LOPEZ.

¿Mas cómo amigo mio podré hacerlo?
Voy à buscar à Haro en el instante.
Dadme alivio en tal pena sacros Cielos. (*Vase.*)

ESCENA V.

Solo Don IÑIGO.

DON IÑIGO.

¡Oh quién no hubiera nunca protegido
El furor, è insolencia de este Pueblo!
Si hubieramos creído à Pedro Lopez,
Y seguido sus huellas, y consejos,
No nos vieramos ahora en este lance
Cercados de pesares, y desvelos.
Los rebeliones tienen estos fines,
Como que los principios no son rectos.
La Plebe que sostiene el alboroto,
Es la que se pervierte luego à luego,
Que mira yá oprimidas las cabezas,
Que dieron el fomento al desacierto,
Y à su daño conspira enfurecida.
¿Quién hubiera creído que este Pueblo,
Que amaba à esta muger tan ciegamente,
Tanto la aborreciera en un momento?
¡Valgame Dios! ¡qué tristes consecuencias!
Aturdido me tiene este suceso;
Aunque yo del peligro estoi ya libre,
Porque presté à mi Rey el juramento
De seguir sus vanderas, y partido,
Y dexar à los vandos Comuneros.

ESCENA VI.

Sale HARO.

HARO.

Señor Gobernador, el alboroto
Degenera en tumulto.

DON IÑIGO.

Yo preveo
Fatales consecuencias, y disgustos

HARO.

En pandillas las gentes de Toledo
Van pidiendo furiosas la cabeza
De esa pobre muger. Id al momento
A contener su furia intempestiva:
Procurad sosegarlas ofreciendo,
Que mañana será decapitada
Si no presta obediencia, y juramento
Al Rey nuestro Señor como pretenden.

DON IÑIGO.

Al punto voy, Señor, à obedeceros. (*Vase.*)

ESCENA VII.

HARO, *y despues* PEDRO LOPEZ.

HARO.

Todos se han conjurado ya en su daño,

Y el salvarla imposible lo contemplo,
Si aun permanece ciega, y obstinada.
A Lopez, y à su hermano compadezco.
Pero aqui viene Lopez muy confuso,
Que trae pesar denota en el aspecto.
¿Al fin pudiste hacer que se rindiese?

LOPEZ.

No Señor, no lo ha hecho. Mas...yo tiemblo.

HARO.

¿Con que no habeis podido reducirla?

LOPEZ.

No han bastado mis lagrimas, ni ruegos.

HARO.

Pues amigo el castigo es imposible
Que se difiera; ya toda Toledo
Clama por su cabeza con porfia,
Además el ultrage, y vilipendio
Hecho à S. M. es muy punible:
Y asi decapitarla ya resuelvo.

LOPEZ.

¡Ah Señor! Suspended algunas horas
La execucion fatal à ver si puedo
Luego que se halle menos despechada
Reducirla à que abrace mis consejos.

HARO.

Por vos, y por Mondejar yo lo haria,
Pero bien conoceis que ya no puedo
Sufrir sus insolencias, y maldades.

LOPEZ.

Todo asi lo conozco, y considero;
Pero valor me falta al ver su suerte.

HARO.

La vuestra es la que yo mas compadezco.

LOPEZ.

Bien penosa es, Señor, tomad la llave. (*Le dá la llave.*)

HARO.

¡Qué lastima me causa el pobre viejo!

ESCENA VIII.

Vanse HARO, *y* PEDRO LOPEZ, *y sale* MONDEJAR *de capa.*

Es de noche, y sin luz.

MONDEJAR.

Aunque sé de mi hermana la perfidia,
Todas sus desventuras tanto siento,
Que el corazon me oprimen, y atormentan.
Valido de la noche, y su silencio
Vengo à ver cómo puedo libertarla.
Proteja mi designio el santo Cielo.
Con esta llave maestra que aqui traigo
Franquearé la puerta con secreto;
Y si puedo lograr que huya al instante
La saco de peligros, y de riesgos.

Abre

Abre la puerta.

Hermana, hermana mia...

DOÑA MARIA.

¿Quién me llama?

ESCENA IX.

Sale en la misma forma que antes.

MONDEJAR.

Yo soy.

DOÑA MARIA.

Pues ¿à qué vienes?

MONDEJAR.

Solo vengo
Zeloso de tu vida y de tu honra
A librarte de penas y de miedos.

DOÑA MARIA.

No podrás conseguirlo, pues mis males
Llegaron al mas duro y triste extremo.

MONDEJAR.

Si tú tienes valor, yo te aseguro
Que saldrás de pesares.

DOÑA MARIA.

Valor tengo
Para oponerme al mundo, si se ofrece.

MONDEJAR.

El que de tí deseo es mucho menos.

El General ha dado yá la orden
De formar un cadahalso el mas horrendo
En medio de la plaza, y que mañana
Te se conduzca à él con vilipendio.
Si hubieras dado señas de obediencia,
Haciendo de lealtad el juramento,
No te vieras ahora en este trance;
Pero yá aunque lo hicieras, no hay consuelo.
Tu orgullo es de estas penas el origen;
Mas yá de lo pasado no hay remedio.
Ahora solo conviene que al instante
Huyas à toda priesa de Toledo.
Una lima aqui traigo prevenida
Para cortar el duro y fuerte hierro,
Que te oprime las manos, y asimismo
Un vestido de hombre, algun dinero,
Un caballo, y demás que es necesario
Dispuesto y prevenido yá te tengo,
Para emprender la fuga; y sin tardanza
Practicarás al punto mis intentos,
Segura de que queda à mi cuidado
Mi sobrino querido.

DOÑA MARIA.

No por cierto;
Antes la muerte elijo que la fuga,
Yo no quiero ausentarme de Toledo,
Aunque toda la plebe con porfia
Mi muerte con afrenta esté pidiendo.

MON-

MONDEJAR.

¡Ay hermana del alma! no te opongas
A mi zelo y piadosos pensamientos.
Asi evitar podrás la grande afrenta,
Las injurias, infamia y vituperio
Que nos ha de causar tu horrenda pena.
Asi prolongarás tus dias tiernos,
Hasta que el Cielo quiera concederte
Suerte mas venturosa.

DOÑA MARIA.

Me convenzo.
Desde luego estoy pronta à retirarme.
Dime cómo ha de ser.

MONDEJAR.

Este es el medio
Que hallo por mas seguro. Baxa al punto
Por ese caracol, que es muy secreto,
Al quarto que yo habito. Ponte apriesa
Este vestido mio, y con silencio
Baxarás al Jardin, y junto al Puente
Tomarás un caballo, que alli tengo
Con armas prevenido, y un soldado
De toda confianza tu escudero
Será para el viage. Si en la puerta
Pregüntan dónde vás: dí que con pliegos
Del General caminas à Sevilla,
Y no te detendrán. El compañero
Dará la contraseña, pues la sabe.

No te detengas mas, corre al momento,
Antes que alguno pueda detenerte,
Pues anda todo el pueblo muy revuelto.

DOÑA MARIA.

A Dios, hermano mio.

MONDEJAR.

A Dios, hermana.

DOÑA MARIA.

Cuida de mi hijo amado, à tí lo dexo.
¡Pobre hijo de mi vida! ¡qué temprano
Te quedaste sin padres!

MONDEJAR.

Yo te ofrezco
Cuidarlo como tal.

DOÑA MARIA.

Dios te lo pague.

MONDEJAR.

A Dios, pues yá mi pena y sentimiento,
Ni para articular, ni mover paso
Presta à mi corazon algun aliento. (*Vase.*)

ESCENA X.

Doña Maria sola.

Aunque à las persuasiones de mi hermano,
Sin réplica ninguna condesciendo,
No es por temor alguno, ni vileza.

Mi

Mi intencion se dirige à buscar medios
Para volver triunfante à la venganza
De tantos insolentes vituperios,
Como los Realistas me ocasionan,
Y aun los mismos vecinos de Toledo,
Que defendian antes mi partido.
Entonces sus cabezas con mi acero
Serán víctimas tristes de mi saña;
Pues aunque de mi parte ahora no tengo
Tropas para esta empresa, mi cautela,
Mi introduccion, mi maña, y mi manejo
Harán que de otro Reyno vengan Huestes
Que destruyan las máximas, è intentos
De tantos enemigos de la Patria.
Francia ofendida está, y su justo ceño
Puede vengar ahora en que ha quedado
Sin fuerzas, ni dinero todo el Reyno.
A Portugal me voy, desde alli la suerte
Amparará mis justos pensamientos,
Y aunque Toledo ahora se ha trocado,
Viendo del enemigo el vencimiento,
Entonces mudará yá de sistema;
Pues se verá oprimida de Flamencos,
Que extraherán las riquezas de Castilla,
Que obtendrán casi todos los empleos,
Y agoviarán à todos como antes
Con su iniquo despótico manejo.
Favorezcan los Cielos mis idéas:

Denme en aqueste estado algun consuelo,
Pues es muy deplorable, y peligroso,
Aunque alienta mi espíritu, mi zelo.
¡Ay infelíz muger! ¡Quántas desgracias
Me siguen, y consternan santos Cielos!
¡Ah miserable vida, quán sujeta
Estás à la fortuna, y sus rodeos!
¡Quién hubiera creído esta mudanza!
Poco há que me amaba todo el Pueblo,
Y ahora mi muerte clama; ¡qué miseria!
¡Oh dia desdichado! ¡Quánto pierdo,
Y he perdido en muy pocos! Mi marido:::
Mi Patria::: mis honores::: ¡Qué tormento!
No puedo respirar, estoy confusa:
Por quantas partes miro al punto veo
La imagen de mi muerte. ¡Oh fantasía!
¡Qué males me predices, qué desvelos!
Tiemblo, sudo, palpito; ¡ay de mí triste!
Ni aun para caminar yá valor tengo.
La sombra de mi esposo me horroriza:
La suerte de mi hijo compadezco:
La ausencia de Toledo me amedrenta:
Mis desdichas me causañ susto y miedo.
¡Ay de mí! ¿Qué he de hacer? ¡Oh suerte iniqua!
¿Por qué asi me persigues con tal ceño?
Mira que soy muger desamparada
De todo humano bien. Piadosos Cielos

Am-

Amparadme en el lance que me hallo:
Doleos de mi pena, y desconsuelo.
¡Qué soledad! ¡Qué angustia! ¡Ay infelice!
¿Quién habrá que se vea en tal aprieto?
Aun para huir me falta valentía.
¡Oh qué trance cruel, triste, y funesto!
Pero al fin, ¿qué he de hacer? si me acobardo
Mi vida queda expuesta al mayor riesgo;
Pues huyamos al punto. Duro lance
Es el dexar la Patria: No hay remedio,
Es preciso dexar lo que mas amo.
A Dios hijo querido, Patrio suelo,
Hermanos de mi vida, amigos mios,
Cenizas de mis padres, y mis deudos,
Acompañadme en pena tan esquiva,
Pues para siempre ¡ay triste! yá me ausento,
Cercada de miserias, y aflicciones,
Sin amparo ninguno, ni consuelo.
Pero ¿asi me confundo? ¿asi se abate
Mi espíritu arrogante? vive el Cielo,
Que à pesar de mis males, seré siempre
Un rayo, que consuma con fuego
A todos los sequaces imperiales,
Y à todos los cobardes, y protervos,
Que me obligan à huir de estas murallas,
Pues para tal empresa valor tengo.
A Dios Patria infelíz, hasta que vuelva
A sacarte del duro cautiverio,

En que te han de poner las disensiones
De tantos fementidos estrangeros. *(Vase.)*

ESCENA XI.

LOPEZ y el GOBERNADOR.

D. IÑIGO.

No hay medio de aquietar la plebe injusta.
Su insolencia es muy grande. Con desprecio
De todas las promesas viene ayrada,
Y cegada de cólera y despecho
A dár la muerte à vuestra triste hija.

LOPEZ.

Para librarla, amigo, algun remedio
Los dos imaginemos. Una llave
Traigo de su prision, y asi podremos
Sacarla de ella al punto.

D. IÑIGO.

Por mí, amigo,
A quanto propongais estoy resuelto.
Mas la puerta está abierta.

LOPEZ.

¡Triste caso!
¿Qué novedad será?

D. IÑIGO.

Segun yo pienso,
La fuga habrá emprendido despechada.

Lla-

Llamadla, por si acaso aun está dentro.

LOPEZ.

Hija... Doña Maria. No responde:
Mas ruido de prisiones siento dentro.
Hija mia, hija mia.

MATILDE.

Yo estoy sola.

LOPEZ.

¿Dónde está tu Señora?

MATILDE.

Ha poco tiempo
Que se salió de aqui. La llamó un hombre,
Que juzgué era su hermano por el eco.

DON IÑIGO.

Sin duda ha sucedido lo que os dixe.

LOPEZ.

Hasta saber su suerte no sosiego.

MATILDE.

Bien veis que es esta mia muy funesta;
Y asi por quien vos sois, humilde os ruego
Me deis la libertad.

LOPEZ.

No la mereces,
Pues eres de estos daños el fomento.
Pagarás con la vida en un cadahalso
Tu infame seduccion, tu vil consejo.

DON IÑIGO.

¿Qué estrépito furioso es el que suena?

Den-

Dentro Doña Maria.

DOÑA MARIA.

Tened de mí piedad. ¡Ay que me han muerto!

LOPEZ.

Esta es voz de mi hija. ¡Qué desgracia
La habrá sobrevenido! yo estoy yerto.

Dentro Mondejar.

Acudid con las luces.

DOÑA MARIA.

¡Ay hermano!

ESCENA XII.

Sacan luces. Sale Doña MARIA *apoyada en los brazos de* HARO *y de* MONDEJAR, *echando sangre : éste trae à su hijo de la mano , siguiendolos mucha gente del pueblo.*

HARO.

Deteneos , infames : vive el Cielo...

DOÑA MARIA.

¡Ay Señor, yo me muero! ¡ay de mí triste!

LOPEZ.

¡Qué novedad es esta! ¡qué hay de nuevo!

DOÑA MARIA.

Esto es ser infelíz , porque he seguido
El partido del pueblo mas protervo.

¡Qué

¡Qué indigna ingratitud! ¿Asi me ultraja,
Quando soy infelíz por defenderlo?
¡Oh qué inhumanidad! infames, viles,
Alevosos traydores, monstruos fieros,
Que despues de haber sido vuestro apoyo,
Me dais la fiera muerte con tal ceño.
Mas yo tengo la culpa, porque he sido
Motora de los viles comuneros.
Yá no hay miseria alguna que me falte.
Perdí à mi esposo amado, y ahora muero....
¡Qué negra confusion!

HARO.

Mas ¿cómo ha sido?
Para emprender la fuga ¿qué habeis hecho?

MONDEJAR.

Movido de piedad la he franqueado
La puerta de la estancia, y con silencio
La aconsejé que huyese en el instante,
Temiendome el furor del pueblo inquieto.
Mas se opuso el destino à mis ideas,
Y todo se ha trocado en sentimientos.

HARO.

Vos hicisteis de hermano los oficios,
Y por esto os perdono ese defecto,
Aunque obrasteis muy mal.

MONDEJAR.

Bien lo conozco.
¡Ah Señor! yá no tiene esto remedio.

Pe-

Pero ¿cómo has huido incautamente?

DOÑA MARIA.

¡Ah! asi mi desventura lo ha dispuesto:
Yo fuí al punto à baxar, como dixiste,
Por ese caracol, que es muy secreto,
Para entrar en tu quarto. Siento gente,
Y à huir por otra parte me resuelvo.
Aturdida, confusa y despechada
Salgo por otra puerta, donde encuentro
La gente amotinada. Me conocen,
Y à impulsos del rigor mas violento
Me hiere un hombre indigno enfurecido...

LOPEZ.

Mira qué fin tan trágico y funesto
Tienen los que apadrinan reveliones.
Ahora conocerás que mis consejos
Solo debias seguir.

DOÑA MARIA.

Yá lo conozco.
Yá todos mis delitos os confieso.
Las viles persuasiones de Matilde
Las miro con horror y las detesto.
Sé que oponerme al Rey es un delito
De los mas exêcrables y protervos:
Que merecen la pena mas horrenda
Aquellos que profanan su respeto;
Porque à los Soberanos, como à Dioses
Es preciso que todos veneremos.

Por

Por tanto, arrepentida de mis culpas,
Hago solemne y firme juramento
De lealtad al Rey; y à todos pido
Que obedezcan sus leyes y preceptos.
¡Oh quién vivir pudiera, para darle
De mi obediencia ciega algun exemplo!
Mas yá siento que el ánimo fallece;
Y el único dolor que yo padezco
Es morir con la tacha de revelde;
Y dexar à este niño en años tiernos.
Quando seas adulto, hijo del alma,
Y te digan la muerte que tuvieron
Tus infelices padres, ¡qué vergüenza
Cubrirá de rubor tu rostro bello!
¡Oh qué tarde conozco mis delitos!
Pero yá, hijo querido, que asi muero,
Procura tú lavar tanta ignominia,
Derramando tu sangre con denuedo
En defensa del Rey. Nunca te opongas
Al Rey, à sus Ministros, ni decretos,
Aunque juzgues te asisten mil razones;
Porque es muy imposible penetremos
Los arcanos de aquel que nos gobierna,
Como que los inspira el justo Cielo.

HARO.

Señora, retiraos al instante.

DOÑA MARIA.

¡Ay, Señor, qué congoja! Yá fallezco.
Yá siento que las fuerzas ván faltando.
La sangre se me hiela: me estremezco
Al verme en este estado deplorable.
Yá no tiene remedio... ¡Ah qué tormento!
Padre... hermano... Señor... perdon os pido
De mi maldad; un indiscreto zelo (*Turbada.*)
Me arrebató el sentido, è imprudente
Delitos à delitos fui añadiendo.
¡Ah qué culpa...! qué muerte...! qué miseria...!
Que todos los mortales, de sus yerros
Aprendan à vivir. Mirad mi muerte,
Que de esta verdad es un claro exemplo.
¡Ah patria! tú ocasionas mi desgracia:
Por tu amor, por tu causa yo fallezco;
Pues fuiste sobre todo preferida,
Siendo de mi pasion mayor objeto.
La vergüenza, el terror, y aquellas ansias
Que trae siempre consigo el fin extremo
De la mísera vida, me acobardan.
¡Oh qué lance feral!.. yo.. yá... si... muero...
Yá la respiracion... yá la congoja...
A Dios hijo del alma... à Dios Toledo.

Cae muerta en una silla.

LOPEZ.

¡Ay hija de mi vida!

MONDEJAR.

¡Ah hermana mia!...

HARO.

Sirva à todos su muerte de escarmiento;
Pues nunca queda impune el delinqüente;
Si no hay justicia en tierra, la hace el Cielo.

F I N.